

713

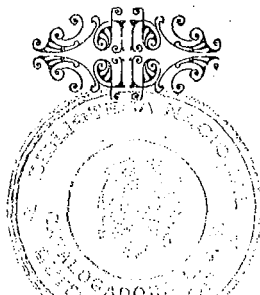
¡CELEBRIDADES MALDITAS!



Novela histórica

POR

MANUEL GALLEGOS NARANJO



GUAYAQUIL-ECUADOR

1906

PROPIEDAD DEL AUTOR

ban metidas dentro de un viejo y sucio farol, colgado con un pedazo de sogá debajo del piso de las casas que formaban esquina.

La Empresa del Alumbrado le correspondía á la Municipalidad; pero ésta, anualmente, remataba el ramo, y quedaba así el rematista encargado de aquel servicio.

Para su desempeño, el rematista disponía de cuarenta hombres, tropa de *serenos* ó *rondines* formada con la gente más ignorante y ruin de la hez del pueblo: indios, semi salvajes, hambrientos y haraposos, llegados del interior de la República, arriesgándose á pasar la *mar inmensa*, esto es, á navegar en las aguas de los ríos para conegnr en Guayaquil trábajo y alimentos.

Dicha tropa estaba subordinada á un *cabo de rondín*, persona ya de mejor clase, encargada de hacerles conocer sus obligaciones y de custodiarlos.

Cerca del *Puente Carrión*, al costado izquierdo del estero, la Empresa tenía una covacha destinada al depósito del aceite de ballena, enseres y utensilios necesarios para el servicio.

A cada rondín que ingresaba al servicio, se le entregaba una escalera, una vara de lienzo, un pito y una lanza de fierro, engastada en un palo redondo de dos varas de largo y dos pulgadas de grueso.

Las obligaciones impuestas á cada rondín, eran las siguientes:

Encender varios faroles, en las noches oscuras, pocos momentos antes de las siete.

Vigilar, durante toda la noche, que la luz permanezca encendida.

A las diez y media de la noche, decir, gritando: *la queda!* acabada ésta de ser anunciada

por las iglesias con el tañido de sus campanas. *La queda* era tenida por los habitantes, como el momento permitido para arrojar en el río *aquello* que hoy le corresponde á la Empresa de Salubridad.

Anunciar cada una de las horas y el estado de la atmósfera, desde las once de la noche hasta las cuatro de la mañana, dando una pitada y cantando, en voz alta, una especie de copla religiosa y patriótica, en esta forma:

¡Ave María *Purííísima!*
las once han dado;
la noche *escura* y nublada.....
¡vivááá la *Patrrrría!*

Esta estrofa, según el estado de la atmósfera, era variable, pues en vez de *noche oscura y nublada*, decían, *noche clara y serena* ó *noche oscura y lluviosa*.

En las noches de luna llena, bastaba la luz del planeta para el alumbrado de la ciudad: no se encendían los faroles.

Por último, el rondín estaba obligado á auxiliar á la Policía, en los casos en que á ésta le fuese necesaria su intervención.

El servicio de agua para el consumo, tomada del río á la hora de la *repunta*, se hacía en carretas, conductoras de ocho barriles, ó por medio de burros, chistosamente vestidos, con pantalones, para preservarlos de las plagas de moscas y mosquitos, abundantes en la estación del invierno.

Y qué agua la que bebíamos!... Dios Santol... Lodosa, salobre, de pésima calidad, y causa de enfermedades incurables, brevemente matadoras!

De vez en cuando solían llegar á los *puertos*, balsas con botijas de barro, llenas de agua dulce,

¡Celebidades Malditas! 1

tomada cerca de un sitio denominado Petrillo, y cuya calidad, si no del todo buena, era aceptable.

Los puertos, al pie del muro del Malecón, á donde atracaban balsas y canoas y servían de embarque y desembarque de personas y víveres, eran conocidos con los nombres de *Puerto de la Capitanía vieja*, *Puerto del Pescado* y *Puerto de la Merced*.

A las cuatro de la mañana, hora de la *ma-drugada*, acudían á estos puertos á darse un baño, varios *señores* de los principales de la sociedad y no poco número de personas del pueblo; por supuesto, corriendo el riesgo de ser mordidos ó comidos por algún lagarto *cebado*, de los que, en cantidad considerable, recorrían las orillas del río. Este anfibio, carnívoro y de ferocidad sin igual, mide, en su mayor tamaño, siete varas de largo, desde la cabeza hasta el final de la cola.

El barrido de algunas calles, en los días miércoles ó sábados de cada semana, lo hacían, pésimamente, los presos de la Cárcel: asesinos y ladrones, con la pierna derecha encadenada. La argolla de un extremo de la cadena, se la sujetaban en la cintura con un ceñidor, y la argolla del otro extremo la tenían en la canilla, sobre el tobillo, remachada á martillo.

Diez ó doce de estos presidiarios, con escobas y parihuelas, y custodiados por quince ó veinte soldados, barrían, recogían la basura y la arrojaban en varios lugares de las orillas del río. Una parte de esta basura, era arrastrada por las corrientes de las aguas y la restante, quedaba allí, depositada, cerca del muro del Malecón, formando rimeros de inmundicias, desagradables á la vista y perjudiciales á la salud.

¡Celebridades Malditas! 2

Los presos, en el momento del barrido, estaban facultados para matar, á golpes de piedras, los chanchos callejeros que se escapaban de los corrales y á titularse dueño del animal que conseguían matar. Esta operación, casual, ó preparada por los parientes de los presos, les facilitaba la oportunidad de fugar, burlando así la vigilancia de los soldados y la acción de la ley.

La instrucción pública daba lástima! Los Colegios y Escuelas, fiscales y municipales, casi no existían. El Gobierno, apenas contribuía, con una pequeña suma de dinero, al sostenimiento del *Colegio de San Vicente*, fundado, en 1842, por don Vicente Rocafuerte; y la Municipalidad, costeara la Escuela de niñas, dirigida por la *maestra* Astete.

El Colegio Seminario, dirigido por el doctor José Tomás Aguirre, afamado teólogo y más tarde, segundo Obispo de Guayaquil, estaba sostenido por los padres de familia, cuyos hijos estaban allí colocados en calidad de internos. Los externos, llamados *capistas*, eran pocos y no pagaban pensión.

Las demás escuelas para niñas eran particulares y estaban atendidas por *maestras*, medianamente instruídas, pero de buenas costumbres y comprobadas virtudes.

Las escuelas para varones, también particulares, las dirigían los *maestros* Navarro, Herboso, Sánchez, Echanique, San Pedro, Saona, Chica, Carrizosa y Yacila: personas competentes para el profesorado. Navarro y San Pedro eran gramáticos afamados, Saona y Sánchez geógrafos, Herboso y Chica matemáticos notables, Echanique dibujante admirable, y Carrizosa y Yacila calígrafos insignes.

En los Colegios y Escuelas, el cepo y la pena de azotes eran castigos de uso corriente, aplicados á los alumnos. Los *maestros*, mal aconsejados, aceptaban la indicación de esta cruel sentencia: *la letra con sangre entra*, ignorando, sin duda, esta otra: *maldito el árbol que da el fruto á palos!*

De paso diremos, que los Caudillos, en épocas de revolución, ocupaban los Colegios con sus tropas, convirtiéndolos en cuarteles.

Las imprentas ó empresas tipográficas, eran escasas. Recordamos las de los señores Murillo Sono, Malta, Merino y Sorroza, de cuyas prensas salían á luz hojas sueltas, llenas de mentiras, insultos y calumnias, contra personas honorables: escritos aceptados y publicados por la *pagina*, conteniendo desahogos de viles pasiones, ó travesuras de escritor novel, aspirante al título de periodista y fama de literato.

Los pocos periódicos que se publicaban, semanalmente, carecían de lectura recreativa para las damas y de noticias de la cosa pública para las personas á quienes les interesaba conocer el movimiento administrativo del Gobierno, conducente á la prosperidad de la República y bienestar de sus habitantes.

Pero..... ay! Dios!..... escribir sobre política! hablar de la cosa pública! censurar los actos del Gobierno!..... qué atrocidad! qué valor! qué audacia! qué criminalidad!... Aquello bastaba para que el escritor fuese encarcelado, confinado, desterrado, ó fusilado, según la categoría de su personalidad política!

En usos y costumbres, las familias principales y las del pueblo, se distinguían muy poco unas de otras. Caballeros y gente del pueblo

usaban chaqueta, *pavita* de Jipijapa, zapatos de pana y ceñidor colorado, de burato.

Las mujeres del pueblo imitaban á las señoritas, en el uso de trajes con largas colas, pañolones de merino, enflecados, chales de seda ó de tela de algodón, y zapatos de raso negro, engrillados sobre las medias de seda, *color de carne*.

El Teatro, de reciente construcción, fué diversión acogida con entusiasmo. En las noches de función, palcos, platea y cazuela estaban llenos de espectadores. En la platea era permitido que las señoras concurriesen *de tapada*; esto es, cubierta la cabeza con el pañolón, dejándose visibles, sólo los ojos y el desnudo brazo, para no ser conocidas.

Después de esto, permanecía subsistente el gusto por las *corridas de toros*, con el agregado de las *mojigas*, esto es, mujeres y hombres encaretadas y disfrazadas con trajes caprichosos en variedad de colores. Además, también era numerosa la concurrencia de personas á los *títeres*, *maromas*, *velorios*, *nacimientos*, *palo ensebado* y *castillos de frutas*.

El uso del piano, no estaba generalizado. En toda la ciudad no pasaba de veinte el número de esta clase de instrumento músico. Esto hacía que el baile fuese indispensable, al son de la guitarra. En las casas decentes, los días del santo del papá ó de la mamá, bailaban *cuadrilla francesa*, *polka*, *valse* y *mazurka*. Los tiempos del *sombrerito*, de la *cachucha* y de la *varsoviana*, habían pasado!

La gente del pueblo bailaba *amor fino*, ¡*alza que te han visto!* y *puerca raspada*.

En los bailes de personas decentes, la única

clase de licor que se tomaba era el anicete, especie de mistela dulce, de varios colores.

La gente del pueblo tomaba coñac, de pésima calidad, y aguardiente *zorro*.

La cerveza se la recetaban los médicos á las personas que se enfermaban del estómago: era escasa, importada en pequeña escala y cara.

El juego de *Carnaval*, era aceptado por la sociedad, en general, desde la más encopetada dama, hasta la más infeliz *guaricha* del soldado; y desde el más elegante caballero, hasta el más ruín pillete de la calle.

Perder un ojo al golpe de un cascaronazo; perder la salud, tomando un resfriado, después que la ropa mojada se secaba sobre el cuerpo; perder una joven su virtud, después de una embarrada de polvos de colores en el rostro, en la garganta, en el pecho y donde la *locura* del juego lo permitía; darse golpes con los puños ó darse puñaladas..... resultados eran, palpables, de aquel juego bárbaro, asqueroso, inmoral y peligroso!

El *hotel* y el *restaurant*, no existían. En la Plaza del Mercado, habían dos fondas de chinos para la gente del pueblo; y en la calle, denominada hoy, *del General Elizalde*, otras dos, propiedad de guayaquileños, para los viajeros, transeuntes, comerciantes llegados del interior.

Los habitantes varones de la ciudad, preferían almorzar y merendar en sus casas, á las nueve y media de la mañana y á las cuatro y media de la tarde: horas establecidas por la costumbre.

El rico sancocho, con su agregado de sopa de plátano verde, los yapingachos, el arroz con cuscorrón, los plátanos asados, verdes, *pintones*

y maduros, los chifles, el locro de papas con queso, los picantes de lomo y de pescado, los tamales, los bollos de ciego, de corbina ó de cazón, el champús, la mazamorra morada, el arroz con leche, las tortillas de maíz, los chiricanos, los tambores de Daule, el bollo maduro de Samborondón, la tocineta y la mantequilla del Morro... Oh! Qué guisos! Qué comestibles tan exquisitos! Vaya! Se comían con gusto, hasta chuparse los dedos!

En el Malecón, cerca del primer puente y en la planta baja de la casa de don Gabriel Peña, existía un establecimiento rotulado *Café de la Democracia*, el cual, por la exquisita calidad del café que expendía, era afamado en toda la República y aun fuera de ella.

Se hizo célebre.

El líquido lo preparaba un chino, llamado Antonio, y decíase que poseía un *secreto* para conservarle su aroma y hacerlo delicioso.

En el centro de la ciudad, existía otro establecimiento de esta clase, conocido con el nombre de *Café de la Santa Rosa*, á donde también, por la mañana y por la tarde, acudían algunas personas á tomar café: bebida detestable, cuya pésima calidad, corría parejas con el *café de tusa* que expendían en la *Balsa de Olivo*.

Esta Balsa, con viviendas, estaba situada cerca de un barranco, en la orilla izquierda del río, en un sitio llamado *Los Cáliz*. Su dueño la había colocado allí, como punto de arribada para las embarcaciones que navegaban, aguas arriba hasta Babahoyo y aguas abajo hasta Guayaquil.

Esta *Balsa de Olivo* llegó á hacerse legendaria, no sólo por el *café de tusa* que le servían á

los viajeros, sino porque en ella se les daba hospedaje á los asesinos y ladrones que se fugaban de la cárcel de Guayaquil y pirateaban en canoas por el río, asaltando las embarcaciones, conductoras de comerciantes del interior, en cuyos baúles traían dinero para el pago de sus negocios mercantiles y compras de nuevas mercaderías.

Cada uno de estos bandidos estaba sumariado por más de cuatro asesinatos y varios robos, y muchos se habían hecho temibles y célebres por su ferocidad y astucia para escaparse de la cárcel. En fin, para sentirse el ánimo asustado, bastaba oír pronunciar los nombres de *Míramelaseña*, *Chalén*, *Candela*, *manco Alvarado*, *Chaguay*, *Mejía*, *Lechuzza*, *Garrapata* y *Alacrán*.

La policía, arteria principal y vigorosa de la vida administrativa del Gobierno; ramo importantísimo, de preferente atención para su buena organización; qué cosa era?..... qué cosa es hoy, en la aurora del siglo xx?..... Ah! Suspendemos aquí la pluma, respecto de este asunto, no dudando que la sensatez pública, calculará, mejor que nosotros, la desorganización de la institución policial de aquella época!

El Cuerpo de Bomberos contra Incendios, era otra institución que reclamaba crecido número de reformas para su buena organización. Sin embargo de esto, entre el bombero de hoy y el de aquella época, existe diferencia palpable. El bombero aquel, carecía de vicios, era pundonoroso, obedecía las órdenes de sus Jefes, luchaba valerosamente con el enemigo quemador de la propiedad y lo vencía: era un héroe!

Por último, el pueblo se titulaba *libre y soberano*, dando esto que reír á la sensatez.

Verdad es que desde 1852, por decreto del

Gobierno, quedó abolida la *esclavitud*, en beneficio de la servidumbre doméstica: acción progresista y civilizadora, digna de aplausos. Pero, al Gobierno, para complemento de su acción civilizadora, se le olvidó abolir la *esclavitud del peón concierto*, en las haciendas; y la *esclavitud del soldado*, en los cuarteles: ciudadanos tomados á *leva* y por tiempo indefinido, obligados al servicio de las armas y al sufrimiento de la pena de azotes!

Así, pues, la ciudad de Guayaquil, física y socialmente mirada y estudiada, estaba completamente atrasada!



II

Sombras, obscuridades y tinieblas

La República del Ecuador, desde la época de su fundación, año de 1830, hasta el final de 1900, esto es, durante setenta años de vida republicana, ha tenido diez y ocho Presidentes constitucionales, incluyendo dos reelecciones del General Juan José Flores y una del doctor Gabriel García Moreno, formando así un número de quince Presidentes, con períodos de cuatro años, completos unos é incompletos otros, á causa del crecido número de revoluciones, ejecutadas con la marcable organización de ambición de mando, medro personal y mala fe política.

Todos ellos han descuidado los dos principales ramos de administración política para la buena administración del Gobierno y estabilidad del progreso augurador de futura palpable civilización: el ramo de Policía y el de Instrucción Pública; éste porque instruye al pueblo y el otro porque lo moraliza.

Así, pues, al comenzar el siglo XX, triste es decirlo, la República del Ecuador no está bien organizada!

Quito, Guayaquil, Cuenca y otras ciudades, carecen de luz radiosa para extinguir sombras, obscuridades y tinieblas!

De sombras y obscuridades está llena la Constitución de la República!

Sombras hay en el Consejo de Estado!

En los Ministerios de Gobierno!

En los Tribunales de Justicia!

En el Tribunal de Cuentas!

¡Celebridades Malditas! 3

En el ramo de Instrucción Pública!
En los Códigos Penal, Civil y Militar!
En las Municipalidades!
En el servicio Aduanero!
En el servicio de Correos!
En las Empresas de Alumbrado; Asco de ca-
lles, Salubridad y Carros Urbanos!
Sombras en el Cuerpo de Bomberos contra
Incendios!
Y sombras, obscuridades y tinieblas, en el
ramo de Policía!



III

La Revolución del 4 de Abril.

En los primeros meses del año de 1859, el General Francisco Robles, Presidente de la República, se encontraba en Guayaquil y acudía todas las noches, de diez á doce, á casa del General Urvina, sin más objeto que el de jugar *tresillo*, con éste, con otro jefe de alta graduación y á veces, con su compadre el General Guillermo Franco.

En la noche del 4 de Abril, á las once, poco más ó menos, y en momentos en que jugaban los Generales Robles y Urvina con el Coronel X..... se presentó en la puerta de la sala el Comandante Francisco Darquea, acompañado de cuatro soldados, armados con trabucos.

Los jugadores, al ver al Comandante y los soldados, se pusieron de pié.

Darquea, con la espada ceñida y una mano puesta sobre la empuñadura, dió un paso hacia adelante y dijo:

—Señor Presidente; vengo por usted, de orden del General Maldonado.

El General Robles, tomó su sombrero y díjole:

—Comandante Darquea, en marcha!

El Comandante le ofreció el brazo al Presidente para que se apoyase, y seguidos de los cuatro soldados, bajaron la escalera.

El General Urvina y el Coronel X..., estupefactos, presenciaron la salida del Presidente, sin decir una palabra: el asombro les había impedido el uso de la voz.

En la calle, fuera del portal, había un sargento y veinte soldados más.

Y en el momento en que el Presidente, el Comandante y los cuatro soldados ponían sus pies sobre el portal, llegó á caballo el General Franco y se apeó. Miró el grupo de soldados, vió al Presidente, cónoció al Comandante Darquea y comprendió lo que aquello significaba.

—Qué es esto compadre?—díjole al Presidente, interrogándole.

—Voy preso, de orden del General Maldonado!

Franco exclamó:

—Cómo! Canallas! Preso el Presidente de la República?.....

Y rápidamente le arrebató el trabuco á un soldado y disparó sobre el pecho del Comandante Darquea, dejándolo muerto, instantáneamente.

En seguida añadió:

—Compadre; suba y hable con Urvina. El restablecimiento del orden, corre de mi cuenta.

La rapidez con que fué ejecutada la trágica escena, debida al valor de un Jefe como el General Franco, cuya bravura militar era afamada, acobardó á los veinticinco soldados de la escolta revolucionaria.

El General, montado ya en su caballo, díjole al sargento y á los soldados:

—Sargento; vas á ganar las charreteras de oficial. Muchachos; viva el Presidente de la República!

El sargento y los soldados, contestaron:

—¡Viva!

—Sargento;—añadió—colócate á la cabeza de la escolta y síganme todos; vamos al cuartel de la Artillería.

—La escolta y el General se pusieron en marcha.

Al llegar á la esquina de la calle de la *Gallera*, uno de los soldados se ocultó detrás del estante de una casa, y luego, á todo correr, se dirigió á ciudad vieja.

El batallón del cuartel que había en aquella parte de la ciudad, constaba de seiscientos soldados y se había puesto á las órdenes del caudillo de la revolución.

Casi toda la tropa estaba en la calle, y el General, sentado en una silla, en el portal, y rodeado de varios oficiales, sólo esperaba la llegada del Comandante Darquea, con el Presidente de la República, preso, para dirigirse al centro de la ciudad, á batir y rendir la brigada de Artillería y Escuadrón *Taura*, lanceros de la caballería, que se habían negado á patrocinar la revolución.

Por fin, después de su larga carrera, llegó el soldado hasta muy cerca del cuartel. Un oficial con la espada desenvainada, le salió al encuentro.

—Quién es usted?

—Soy soldado de la escolta de mi Comandante Darquea, que acaba de ser asesinado, y vengo á hablar con el General Maldonado.

El oficial llamó á un sargento, y dirigiéndose al de la escolta, díjole:

—Entréguele su trabuco al señor y venga usted conmigo.

El oficial condujo al soldado á la presencia del Caudillo.

—General;—díjole—este soldado de la escolta del Comandante Darquea, solicita hablar con su Señoría.

El General se puso de pie, miró al soldado, cuadrado en su delante, y díjole:

—Qué tienes que decirme?.....

El soldado refirió, en voz alta, toda la escena de la prisión del Presidente y el trágico fin del Comandante Darquea, cuyo cadáver había quedado en el portal de la casa del General Urvina.

El Caudillo, con la cabeza un tanto inclinada y cruzado de brazos, escuchó en silencio la relación del soldado; y cuando éste hubo terminado, levantó la frente, puso una mano sobre la empuñadura de su espada y díjole á un oficial:

—Ponga usted á este soldado en un calabozo, con centinela de vista; si ha mentido, será fusilado inmediatamente.

El soldado fué llevado al cuartel y encerrado en un calabozo.

En seguida, dos oficiales y un sargento, disfrazados de paisanos, fueron comisionados para dirigirse al centro de la ciudad y averiguar la verdad del suceso.

Media hora después, regresaron los comisionados y el General quedó convencido de la muerte del Comandante.

El soldado preso, fué puesto en libertad; recibió su trabuco y se marchó.

Desde aquel momento, el General Maldonado comenzó á dudar del triunfo de la revolución, y en vez de atacar, como lo tenía dispuesto, ocupó con su tropa el cerro de Santa Ana. Juzgó probable, que el General Franco con la Artillería y el *manco* León con el Escuadrón *Taura*, lo atacarían de un momento á otro.

El Coronel José León, más conocido con el distintivo de *el manco*, tenía fama de valiente; era uno de aquellos jefes á quienes el General

Franco calificaba de *tantas muelas!* por su bravura militar.

Entre tanto, en el centro de la ciudad, las tropas se movían con actividad.

A las tres de la mañana del día cinco, seis cañones rodantes de la Artillería, quedaron colocados cerca de los tres primeros puentes, dominando las calles *Nueva, Real y Malecón*, y defendidos por doscientos soldados. Los otros doscientos que componían el total de la Brigada, recorrían la línea transversal de la calle de la Merced, desde la orilla del río hasta el *Bajo*.

Los doscientos lanceros del Escuadrón *Taura*, ocupaban, en dos grupos, la Plaza de San Francisco y el Malecón.

El resto de la ciudad, desde la calle de la Cárcel hasta el Astillero, estaba en completa calma: las familias dormían tranquilamente en sus hogares.

La campana del reloj público, colocado en una torrecilla de madera sobre la Casa Consistorial, sonó tres veces; pero el rondín de la calle del *Fango*, entre dormido y despierto, anunció, cantando, las dos de la mañana.

En aquel momento, un hombre llegó hasta la mitad del *Puente Carrión*, y exclamó, en voz alta:

—Qué rondín, tan animal! Ha cantado las dos, en vez de las tres!

Dicho hombre, en vez de seguir caminando hacia la calle del *Comercio*, se acercó á la barandilla del puente y dijo, en voz baja:

—Vaya! No debe demorar mucho.....

Cerca del puente, arrimada á la pared del depósito de la Empresa de Alumbrado, había una carreta de aguador, rota, con una sola rueda, in-

clinada hacia el suelo y abandonada allí como trasto inútil.

Detrás de la carreta, sentado sobre un tronco de madera, se ocultaba un hombre de piel negra. Hacía ya cosa de una hora que estaba allí, con el oído atento al menor ruido y la mirada observadora, fija en el balcón de la casa del General Villamil.

Al ver al hombre del puente y escuchar su voz, exclamó, casi entre dientes:

—Ah! *Niñodiós!* A quién esperará este pájaro?.....

Quiénes eran el hombre del puente y el de la carreta?

El hombre de la carreta era el bandido *Míramelaseña*, llamado Manuel Ramírez; el otro, *Niñodiós*, también bandido, se llamaba Ricardo Mayer.

De uno y otro hablaremos en nuevos capítulos.

A las seis de la mañana, con la claridad del día y el auxilio de unos gemelos de teatro, el Caudillo vió la colocación del ejército enemigo, cortándole el paso en la línea de la calle de la Merced y ordenó colocar avanzadas, de cincuenta soldados, en los puentes segundos de las calles *Nueva y Real*.

En esta actitud los dos ejércitos, uno y otro esperando ser atacados, transecurrieron dos horas; y fué entonces que el General Franco resolvió dar el ataque.

Antes de poner la tropa en movimiento, se dirigió al Despacho de la Gobernación, para comunicarle su resolución al Presidente.

—Compadre; el enemigo permanece en quietud y he resuelto atacarlo.

—Compadre apruebo su resolución. A usted le corresponde restablecer el orden. Ponga la tropa en movimiento, avance, llegue, luche, mate, destroce y regrese vencedor con los honores del triunfo.

Franco le estrechó la mano y salió; pero, al llegar á la escalera, tropezó con un grupo de amigos: los Cónsules francés, inglés, chileno y peruano y seis caballeros de los más respetables de la sociedad, en solicitud de una conferencia con el Presidente de la República, relativa á la gravedad de la situación.

El General Franco los condujo al Despacho de su compadre.

—Señor Presidente;—dijo uno de los comisionados—en vista de la gravedad de la situación, interrumpido el orden y amenazada la paz de la República, una Junta de ciudadanos honorables, impulsada por los más elevados sentimientos de humanidad y patriotismo, nos ha designado para que hablemos con Vuecelencia y consigamos que no se realice un combate; pues con la lucha de hermanos contra hermanos, sería sangre fratricida la que correría á torrentes por las calles de la ciudad.

Verdad es que la revolución, acaudillada por el General Manuel Tomás Maldonado, es injustificable, y por lo mismo, su autor, digno de severo castigo; pero también es muy cierto, que las medidas rigurosas empeoran las situaciones difíciles.

Pedimos, así, al señor Presidente, la facultad oficial de dirigirnos al campamento enemigo, para conferenciar con el Caudillo y conseguir que desista de su temeraria empresa, aún cuando sea garantizándole su vida y la de sus cómplices.

El Presidente, ante de contestar, miró al General Urvina, y éste, con un ligero movimiento de cabeza, le indicó que aceptase.

Esta visible indicación, no tenía nada de censurable; pues no se ignoraba que la acción administrativa del Gobierno, dependía de la bravura militar del General Robles y de la habilidad política del General Urvina.

—Señores comisionados; el Gobierno les agradece sinceramente este acto humanitario y patriótico. Quedan ustedes facultados para ir al campamento enemigo y arreglar este asunto satisfactoriamente para el restablecimiento del orden.

Los comisionados salieron, llegaron al cerro, conferenciaron con el Caudillo y obtuvieron la cesación de la revolución, mediante las condiciones siguientes:

1^a Garantías para la vida del General y de sus oficiales, asilados en los Consulados extranjeros.

2^a Pago de pasajes de primera clase, en el vapor inglés de la P. S. N. C., para dirigirse al Perú.

Informado el Gobierno de estas dos cláusulas condicionales, las aceptó sin objeciones.

Por la tarde, la tropa del cerro regresó á su cuartel y quedó subordinada á nuevos jefes y oficiales.

La Brigada de Artillería y el Escuadrón *Taura* también regresaron á sus cuarteles.

Dos días después, el General Maldonado y sus oficiales salieron para el Perú.

Así, pues, la revolución del 4 de Abril, quedó terminada, en menos de veinticuatro horas, sin más ruido que la detonación del trabucazo que

le arrebató la vida al valiente Comandante Francisco Darquea!

La muerte del General Manuel Tomás Maldonado, cinco años después, la describiremos en otras páginas de este libro.



Los tres juramentos.

Gabriel García Moreno, en plena juventud, con treinta y siete años de edad, salud, robustez y fama de personaje ilustrado y sabio, regresó de París al Ecuador en 1858, pero dirigiéndose primeramente á la ciudad de Lima, precisándole una entrevista con el General Manuel Tomás Maldonado, que se hallaba allí, próximamente á emprender viaje á Guayaquil.

Y en efecto, en un cuarto del Hotel Inglés, tuvo con aquel General la entrevista deseada, proponiéndole la revolución de Guayaquil y Quito, contra el Gobierno del Presidente Robles y ofreciéndole recompensarlo con el grado de General de División y el Ministerio de Guerra.

Pero el General Maldonado, después que le hubo escuchado, sin interrumpirle, se puso de pie, metió las manos en los bolsillos de su pantalón y díjole:

—Me basto yo sólo para derrocar aquel Gobierno, caso de ocurrírseme aquello, sin la cooperación de ningún político ambicioso.

Y lanzó estrepitosa carcajada.

García Moreno, sin despedirse del General, salió del cuarto del hotel, apresuradamente, con el pecho lleno de odio y sellando en su alma un solemne juramento de venganza!

Cinco días después de la entrevista, esto es, el 1.º de Noviembre, llegó al puerto de Guayaquil, á bordo de la fragata peruana *Amazona*, sin embargo de no ignorar que era portadora de la *intimación del bloqueo* de los puertos del

Ecuador, decretado el 26 de Octubre por el Gobierno del Perú.

Viajando de incógnito en la fragata, se embarcó á las siete de la noche, logrando llegar á su casa, sin interrupción en el camino.

García Moreno, al regresar á su patria, traía el pecho repleto de ambiciones y de venganzas, y en la cabeza ilusiones, proyectos y planes descabellados, propios de un cerebro enfermo, atacado de delirium tremens ó de alienación mental!

Pero, desde París, sus amigos habían dirigido cartas al Ecuador, anunciando la vasta ilustración del joven García Moreno, sus profundos conocimientos jurídicos, sus estudios aprovechados de ciencia administrativa, finanzas y otros ramos importantes para la buena organización gubernativa de una República como la del Ecuador, nueva y digna de feliz futura suerte; y esto hábiale dado alientos para lanzarse, como acababa de hacerlo, al terreno de la lucha, guiando sus pasos, con veloz carrera, hacia la realización ó triunfos de sus fatigas revolucionarias.

Una hora después de haber llegado á su casa salió de ella, con informes ciertos del domicilio del veterano General Fernando Ayarza, con el cual entabló conversación:

—Buenas noches, General; está usted bien de salud?

—Buenas noches, caballero; estoy bien; tome asiento; con quién tengo el honor de hablar?

—Soy, Gabriel García Moreno.

—Ah! No lo había conocido. Con la vejez, estoy perdiendo la vista. A qué debo el honor de su visita?

—Acabo de llegar de Europa, después de bien larga ausencia, y la primera visita que hago es

á usted, para que se sirva decirme si puedo contar, con su espada, es decir, con la afamada bravura militar de usted, para derrocar el Gobierno de Robles y Urvina, éste un monstruo y aquél un inepto.

—Señor García; en mi vida militar, desde soldado raso hasta General de Brigada, jamás he tomado participación revolucionaria, sin causa legal contra ningún Gobierno constituido; y en la actualidad, percibo sueldo del Gobierno y los Generales Robles y Urvina son mis amigos.

—Sus amigos?.....Bah!

—La amistad, es sentimiento noble y grandioso, y me place venerarla y rendirle culto sagrado!

—Dígame usted, General, en África le enseñaron á decir esas cosas?

—Me está usted insultando, señor García! Hágame el favor de retirarse!

García Moreno salió de la habitación del General Ayarza, colérico y vengativo, como había salido en Lima de la habitación del General Maldonado!

Cuando puso sus piés en el portal, exclamó:

—Razón he tenido siempre de aborrecer á los zambos y á los negros! Te juro, que algún día te haré ver quién es Gabriel García Moreno!

Al dirigirse á su casa, tropezó en medio portal con dos jóvenes que lo conocieron, apesar de la maniobra que ejecutó, saliendo á media calle.

—García Moreno!—dijeron á una, en voz baja, deteniéndose; y cuando aquél ya estaba distante, añadió uno de ellos:

—Es verdad que es él?

—Como tú Marcelino Icaza y yo Felipe Carbó.

—Desde cuándo habrá llegado?

—Seguramente, el veinte del mes pasado, en el vapor de Panamá.

—Pero, hombre, no ha cambiado; está tal como lo ví en Quito, la última vez, hace ya diez años!

—Por qué no lo saludaste, no es amigo tuyo?

—Poco tiempo fuí su amigo, cuando éramos estudiantes en la Universidad.

—Ya, ya, ahora me acuerdo; según me han referido, se vengó de tí, celoso, porque hiciste que su enamorada le diese calabazas!

—No te han mentado; esa fué la causa por la cual, abusando de que era más corpulento y fuerte, me llevó al cuarto excusado, me arrojó al suelo y me restregó la cara en un poco de excremento humano!

—Qué acción tan infame y tan sucia! Y no has podido vengarte?

—Años después, cuando pensé hacerlo, desistí prontamente, porque le tuve miedo!

—Miedo?

—Sí; por lo que de él se decía en Quito.

—Qué se decía?

—Había terminado el año de 1843, y Gabriel fué el enemigo más encarnizado de la oposición que tuvo el General Flores para ser reelecto, por tercera vez, Presidente de la República. Y como siempre triunfó, á pesar de las intrigas de la oposición, Gabriel se propuso asesinarlo!

—De veras?

—Así se dijo entónçes; si bien de la relación, sólo puede admitirse su primera parte.

—Cuéntamela.

—Dicen, que se colocó Gabriel detrás de la puerta de entrada del Palacio, con un estoque,

para esperar que subiese ó que bajase el General Flores, y de sorpresa, ensartarlo y luego soasarlo para comérselo como carne en palito.

—Ja! ja! ja! Chistosa es la anécdota! Pero tienes razón; la primera parte es verosímil, y la segunda una andaluzada!

—En esta misma época, Juan Borja, su enemigo personal y político, escapó, milagrosamente, de la soberana paliza que Gabriel quiso aplicarle en la calle, en plena luz del día.

—Que le había hecho, Juan?

—Lo que han hecho otras muchas personas; no cooperar á sus planes revolucionarios, juzgándolo más á propósito para cubrirse la cabeza con una mitra, que no para ceñirse el busto con la banda Presidencial.

—Y cómo pudo Borja, evitar la paliza?

—Interponiéndose entre el ejecutor y la víctima, varios amigos de uno y otro. Al retirarse Juan oyó claramente estas palabras de Gabriel: *te juro, que algún día te haré sentir la fuerza de mi brazo!*

—Se me ocurre una cosa.

—Cuál?

—Que la llegada de Gabriel á Guayaquil, es clandestina, porque odia de muerte á Urvina.

—Cierto; ya me acuerdo que García, en unos versos contra Urvina, le dice: *monstruo que hasta el patíbulo inflamara!*

—Ya verás que no pasan muchos días, sin que el nombre de García Moreno, sea repetido, como Caudillo revolucionario, por todos los ámbitos de la República.

—Soy de tu mismo parecer.

Y en efecto, acertada fué la opinión de Marcelino y Felipe, porque García Moreno, el si-

guiente año de 1859, acaudilló una formidable revolución, primeramente contra el Gobierno de Robles, y luego contra la Jefatura Suprema de Franco; pues este General, casi á raíz del fracaso del General Maldonado, se revolucionó contra su compadré Robles y á éste y á Urvina los desterró al Perú y se proclamó Jefe Supremo.

Duró la lucha de los caudillos pocos meses, triunfando definitivamente García Moreno, con la toma de Guayaquil, el 24 de Setiembre de 1860.

Este mismo día, el General Franco y su crecido número de partidarios, se asilaron en el vapor de guerra *Túmbez*, de la marina peruana y por la tarde salieron para el Callao. Aquí, en este puerto, trece años después, murió el General Guillermo Franco, pobre y casi relegado al olvido!

García Moreno, después de la toma de Guayaquil, se dirigió á Quito y asumió el mando supremo de Presidente interino del Gobierno Provisorio.

La personalidad moral de García Moreno, puede muy bien explicarse con pocas palabras: carácter impetuoso y despótico; espíritu revolucionario; voluntad omnímoda; y corazón cruel en alma de tirano!

Su personalidad física, aleja á enorme distancia su personalidad moral.

Regular era su estatura, como regular el grueso de su busto, permitiéndole al conjunto de su cuerpo, envuelto en la blanca camisa y el vestido exterior negro, hacer visible su arrogante figura aristocrática.

Sus facciones también eran regulares y apropiadas al tamaño de su rostro; pero, en conjunto, su fisonomía no era simpática, porque su

sonrisa era amarga y su mirada infundía miedo!

Sus manos eran pequeñas, pero nervudas, rematando brazos fornidos y bien musculados.

Hablando el autor de este libro, con el doctor Sixto L. Durán, afamado médico, acerca de la contextura y complexión de García Moreno, díjole:

—Lo ha dotado la naturaleza de tanta salud y robustez, que no creo equivocarme augurándole larga longevidad. Su^{ta} muerte sólo puede producírsela un rayo, cayéndole encima!

Coincidencia misteriosa! Quince años después, el hombre que asesinó á García Moreno, se apellidaba, *Rayo!*



Manuel Ramírez.

Míramelaseña es un apodo, legendario, aplicado á un bandido de Guayaquil. Hoy, todavía, con esta frase, hablada ó expresada por medio del movimiento de los dedos de la mano, hacia afuera, como cuando se abre la mitad de un abanico, se dá á entender que tal ó cual individuo, ausente ó presente, es un ladrón, de quien se hace preciso no descuidarse para salvar el dinero y quizá la vida; pues es sabido que los ladrones de oficio, cuando son sorprendidos, no rechazan el asesinato, ganando tiempo para fugar y burlar la acción de la justicia.

Su nombre era Manuel Ramírez y tenía poco más ó menos, en 1859, cuarenta y dos años de edad; regular estatura, remos largos adherentes á pies anchos y manos pequeñas, no acostumbradas á rudos trabajos; ojos grandes y brillantes, reveladores de refinada astucia y á veces de sincera afectuosidad, como también, en ciertos casos, llenos de ferocidad; ancha la frente, ensortijado el pelo, grande la boca pero delgados los labios, orejas pequeñas, casi aguileña la nariz y la piel negra sin sombra de bellos. En conjunto, su fisonomía era simpática, y algunas acciones de su vida de bandido, contenían rasgos de generosidad admirables. Sin embargo, había adquirido fama de temible bandido, juntamente con el apodo de *Míramelaseña*, y bastaba oírle llamar así y tener noticias de que merodeaba por tal ó cual calle, para que las familias

de todo el barrio perdiesen el sueño, acosadas por el miedo.

Las personas que conocían al bandido, sabían que su agilidad superaba á un galgo en la carrera; que sus brazos levantaban pesos enormes, como tambien que su bravura correspondía al valor de su espíritu vigoroso. También se sabía que aborrecía á la gente de su color: huía de los negros y de las mujeres negras! Gustábase que los caballeros lo trataran con amabilidad y se transformaba en un Tenorio, galanteando mujeres del pueblo, pero de blanco cutis y largas crenchas. A este respecto, en los últimos seis años de su vida que residió en Guayaquil, á todo costo sostenía con lujo, á Elena Andrade y Elvira Castro, interioranas, dándoles vivienda amueblada en casa alta y despensa y ropa de gente millonaria.

Además de estas viviendas, tenía un cuarto oculto dentro del patio de una casa de la propiedad de una familia de lavanderas, de apellido Porro, cerca de la calle del Bajo. Allí, en aquel cuarto, no tenía más muebles que un baúl con ropa, una hamaca de lona, un candelero con vela de esperma sobre una silla y un espejo pequeño, colgado en la pared.

A esta habitación concurría, dos veces por semana, para cambiarse de ropa.

Su vestido, democrático, como él mismo lo llamaba, consistía en un sombrero de Jipijapa, fino, de anchas alas; cotona de guarandó de lino y pantalón de casimir, ambas piezas de color aplomado; ceñidor rojo de seda, de un palmo de ancho y dos metros de largo; zapatos de pana negra, con suela delgana y sin tacos; sobre el cuello un pañuelo de algodón, colorado, enrolla-

do y con las puntas unidas por un lazo. En la cintura, de bajo de la cotona y sostenido por el ceñidor, ocultaba un puñal, con mango de hueso y cuya hoja, metida en una vaina de cuero, medía una y cuarta pulgada de ancho y diez pulgadas de largo.

La largura del ceñidor, el color de la ropa y la falta de tacos en los zapatos, son cosas que los ladrones las tienen adoptadas, como necesarias ó indispensables para burlar la persecución de la Policía y las disposiciones de la ley. El color plomo se hace casi invisible en la oscuridad; los zapatos, sin tacos, impiden el ruido de una carrera; y de un ceñidor, puede hacerse una cuerda de cuatro metros de largo, suficiente para descolgarse del balcón de una casa y para fugarse de una cárcel.

Una ocasión, después que se hubo cambiado de ropa, se miró al espejo, y á medida que examinaba sus facciones, decía, en voz baja:

—Caramba! Cuántos caballeros querrían tener la brillantez de mis ojos y la perfección de mi bien formada nariz! Y por supuesto, ninguna de mis queridas tiene los labios tan delgados como los míos! Vaya! Ganaría, apostando, que muchas niñas y no pocos jóvenes elegantes, viendo mi dentadura la envidiarían, pues tengo los dientes blancos, parejos y lucientes, como dice en sus versos el poeta cubano *Plácido*.....

Otra ocasión, mirándose al espejo, súbitamente, su fisonomía alegre y risueña, se tornó feroz y exclamó:

—Ah! Soy un necio! Tengo la piel negra, muy negra! Pertenezco á la raza de Caín! Maldita raza! Cuánto la aborrezco, así como odio á los criollos blancos! Nací esclavo y llevo el

apellido de mi amo! Mis padres, el negro Juan y la negra Simona, eran esclavos de Don José Ramírez. Los tres han muerto! He visitado en el Cementerio sus huesos, y los de mi amo son exactamente iguales á los de mi padre! La muerte, pues, nos hace iguales!.....Iguales?..... Materialmente sí, moralmente, no!

Dejó de mirarse al espejo, guardó silencio por un momento y se sentó en la hamaca; allí, recordando algunos episodios de su vida, comenzó á recitarles, en voz baja, complaciéndose en escucharse á sí mismo:

—Nací esclavo, es verdad; pero mi esclavitud duró poco tiempo. Tenía yo doce años de edad, cuando me huí de la casa de mis amos y hasta abandoné mi país, trasladándome al Perú. En los primeros cuatro años de mi residencia en Lima, en una escuela municipal conseguí tomar nociones de escritura, lectura, aritmética, historia y geografía universales. Después, hasta la edad de veintiseis años, ejercí el oficio de sastrería, dándome lugar, por las noches, para leer periódicos nacionales y extranjeros y algunas obras. *El Conde de Montecristo*, *Las mil y una noches*, las *poesías de Espronceda*, las del señor *Olmedo* y las del cubano *Plácido*, son prosa y versos que casi me los sé de memoria..... Ah! recuerdo que fué en 1843 cuando dejé la sastrería, y con el apodo de *Míramelaseña*, me hice bandido: ladrón y asesino! Durante diez años, en Lima y sus alrededores, era yo Capitán de cuarenta ladrones, entre mulatos y blancos, sin que jamás la Policía pudiese echarme la mano, cogiéndome desprevenido, pues cosa de diez individuos, de mi partida, pertenecían al servicio de la Policía. De esta manera tenía yo asegurada mi libertad.

Al fin, en 1853, después de una ausencia de veinticuatro años, regresé á Guayaquil.....Cáspita! —dijo, interrumpiéndose—están dando las ocho de la noche las campanas de la Iglesia de la Merced; me marcho.

Se levantó de la hamaca, tomó su sombrero, cerró su cuarto, salió á la calle y se hizo invisible, internándose en uno de los muchos callejones, sin alumbrado, que atraviesan la calle del Bajo.

Hemos dicho que Miramelaseña, regresó á Guayaquil en 1853. Pues bien; inmediatamente que puso pies en tierra, apresuradamente se dirigió á la casa de sus antiguos amos. Las únicas noticias que tenía de aquella familia, obtenidas en Lima, eran la muerte de sus padres y la de su amo José, acaecidas en 1830 y el casamiento de la niña Margarita, con un militar español, en 1834, y nada más.

Al penetrar en el zaguán de la casa, se sintió impresionado, pareciéndole que entraba á un cementerio, en donde era imponente el silencio de las tumbas!

Sin embargo, avanzó hasta poner un pie en el primer escalón de la escalera, donde se detuvo, mirando la vejez del edificio y pensando que había equivocado la casa, pero á este mismo tiempo, una mujer de piel negra, regular estatura, un poco obesa y con los cabellos bastante canos, penetró en el zaguán, y al verle, díjole:

—Quién es usted? Se le ofrece algo?

Ramírez, en vez de contestarle, mirando con fijeza á la anciana y haciendo ademán de abrazarla exclamó:

—Caramba! Acabo de reconocerla; usted es mi tía Inés!

La anciana, á su vez, mirándolo con fijeza, exclamó:

—Ave María Santísima! Manuel! Tú eres el hijo de mi hermana Simona.....

—Sí, tía; el mismo.

Terminado el reconocimiento, diéronse cariñoso abrazo.

En seguida, Inés, tomándolo de la mano, díjole, gozosa:

—Ven, subamos pronto; la niña se va á poner contenta, viéndote; te suponíamos difunto!

—No, tía; espérese un momento; el aspecto de la casa me tiene conmovido; antes de subir, deme noticias de la familia;—y sentándose en la escalera, añadió—hay muchas personas arriba?

Inés, permaneciendo de pie, pero bajando la voz, díjole:

—Yo no me cuento, porque estoy á tu lado; arriba, ahora, no hay más que dos personas, la niña Margarita y su hija la niñita Julia, lindísima y buena; es el vivo retrato de la mamá, diferenciándose sólo en el color de los ojos: la niña los tiene azules y la niñita negros, muy negros y las cejas rubias, como sus cabellos, color de oro. Está del mismo alto y casi del mismo grueso. La niña está muy bien conservada, á pesar de lo mucho que ha sufrido; pues su esposo, mi amo Diego.....;

—Diego, de qué?

—Diego Fajardo, militar español de los derrotados en la batalla de Ayacucho, se casó con mi ama en 1834, al siguiente año nació la niñita Julia. Después se hizo borracho y jugador, vendió la hacienda y los esclavos y el dinero lo jugó y lo perdió. Yo fuí la única esclava que me quedé en la casa, á ruegos de mi niña. Después

él se murió de la fiebre amarilla en 1842, y mi niña quedó pobre, muy pobre, con su hijita de siete años de edad y sin más recursos que los arriendos de la pulpería y de tres cuartos que producen setenta pesos cada mes..... Pero, oye, Manuel, me estoy demorando; otro día te referiré otras cosas, pues, la niña, nunca habla con nadie de las tristezas de su vida, de la ruina de su fortuna, ni de nada que tenga relación con el amo difunto.

—Bien tía; subamos.

La habitación á donde Inés condujo á Ramírez era espaciosa, pero casi desmantelada, conteniendo pocos muebles, muy usados y envejecidos por el tiempo. Una mesa pequeña, arrimada á la pared, cerca de una ventana; tres sillas de brazos, con asiento y espaldar de cuero; una hamaca pequeña, esquinera, y otra grande, colocada en el centro de la habitación; dos banquetas y una silla mecedora. En la pared, un cuadro, como de un metro de largo, conteniendo la imagen de la Virgen de las Mercedes. Encima de la mesa, un candelero, metido dentro de una guardabrisa, y dos figuras de yeso, representando á *Pablo* y *Virginia*, personajes de la célebre obra de Bernardo de Saint-Pierre. En fin, esta habitación, tenía dos puertas interiores, además de la principal; la una daba paso al comedor y la otra al dormitorio de la familia. Después de este dormitorio, había una alcoba, donde Inés tenía su bañl y su cama. La sala, bastante espaciosa y conteniendo muebles, visiblemente viejos, se comunicaba con dos grandes habitaciones, á derecha é izquierda, por los cuales ninguna persona de la familia transitaba, permaneciendo cerradas todo el año: la una era el dormi-

torio donde murió y se veló el padre de Margarita, y la otra el dormitorio donde murió y se veló el padre de Julia. Por último, para completar los detalles de esta casa, de esquina, diremos que estaba ubicada en la calle *del Carrizal*, hoy *de Luque*, y uno de sus frentes daba vista á la calle que se llamó *del Teatro* y hoy tiene el nombre *de Pedro Carbo*. De paso diremos, que la casa contigua, hacia el Carrizal, era de la propiedad de una íntima amiga de Margarita, llamada Elena Peralta, y madre de Ricardo Mayer, ya citado en este libro.

Cuando Inés y Ramírez llegaron á la puerta principal de la primera habitación que hemos descrito, Margarita y Julia estaban en el comedor.

—Niña Margarita,—dijo Inés, en voz alta, sin avanzar—aquí hay una persona que pregunta por su merced.

Margarita y Julia, al oír la voz de Inés; se presentaron.

Ramírez miró rápidamente á Julia y en seguida á Margarita, respetuosamente, pero con marcable demostración de regocijo.

Inés, sonriéndose y dirigiéndose á su ama, díjole:

—Mire á éste, mi niña, á ver si adivina quién es.....

Margarita, después de mirar las facciones del negro, más atentamente, durante unos pocos segundos, levantó la mano, casi hasta tocarle el hombro y díjole:

—Tú eres, Manuel, el hijo de Simona!.....

—Acertó, su merced,—exclamó Ramírez, dejando caer al suelo su sombrero, arrodillándose y juntando las manos en actitud de súplica—

si, mi niña, soy Manuel Ramírez, el muchacho esclavo que huyó de la casa de su amo! Perdóname aquella falta, niña de mi alma!

—Ah!—respondióle, conmovida,—Hace mucho tiempo que te la tengo perdonada; y hasta he rogado por tu alma, á Dios Nuestro Señor, creyéndote muerto!

—Gracias, mi niña, gracias,—dijo, besándole las manos, poniéndose de pie y añadiendo, á medida que se aproximaba á Julia,—me permite que le bese las manos á la niñita, tan linda como la virgen que está en ese cuadro?

—Si te lo permito, Manuel.

El negro besó, cariñosamente, las preciosas manos de Julia, y díjole:

—Ya verá usted, niñita, más adelante, que el mejor de sus amigos tiene la piel negra y se llama Manuel Ramírez.....

—Pero hombre, Manuel,—díjole Inés—te acabas de expresar mal; los esclavos, en vez de amigos, son *servidores* de los blancos!

—Tía,—le replicó Ramírez—en el día no hay esclavos; desde el año pasado quedó abolida la esclavitud, con el decreto de manumisión expedido por el Presidente Urvina.

—Es verdad,—dijo Margarita.

—A mí,—díjole Julia—poco me importa que tengas la piel negra; siempre que las acciones de tu alma sean nobles, te querré como quiero. á Inés.

—Gracias, niñita,—exclamó la criada, acercándosele y dándole un abrazo.

Las señoritas de entonces y las de esta época, también, familiarizadas con la servidumbre, abrazan y se dejan abrazar de sus criadas.

En aquel momento, Margarita se sentó en la silla mecedora y díjole á Ramírez:

—Mira; toma aquella silla, colócala aquí, cerca de mí y siéntate.

Colocada la silla, en el sitio que se le hubo indicado, se sentó.

Julia ocupó la hamaquita esquinera.

Inés se sentó en una banquetta.

—Muy larga ha sido tu ausencia, Manuel,—díjole Margarita—cuéntame lo que te haya ocurrido; vaya! no sé por qué, me figuro, que tu historia contiene episodios interesantes.....

—Ay! niña; verdaderamente, he estado ausente de mi patria, veinticuatro años! Pero..... yo no tengo historia, niña. He vivido como un santo.....

—Como un santo?.....

—Sí, niña; después que aprendí á leer y escribir, un amigo mío, sastre, me enseñó su oficio y de este modo he cumplido con la obra de misericordia que nos manda *vestir al desnudo!*.....

Al decir aquello, se sonrió, recordando que, en vez de *vestir al desnudo*, lo que había hecho era *desnudar* á sus víctimas, á veces concediéndoles la vida y otras ocasiones acribillándolas á puñaladas!

—Con la sastrería, debes haberte hecho rico,—díjole Inés.

—Nada de eso, tía! He dicho que vestía al desnudo, como un santo, porque los elegantes de Lima envejecían la ropa, sin pagarme la tela ni la hechura!

—Bah!—díjole Margarita.—Poco importa que hayas llegado pobre. Yo tengo muy buena amistad con el maestro Layana, afamado sastre y te recomendaré para que trabajes en su taller.

—Gracias, mi niña; no estoy tan pobre, como cree su inerced!

—Tienes dinero?

—Sí, niña; y voy á referirle cómo lo he adquirido. Nunca había tomado en mis manos la baraja para jugar plata. En Lima, he jugado por gusto, con varios amigos, el *carga la burra*. Pero, ayer, casualmente, el capitán de la goleta que me trajo de pasajero, me convidó á jugar el *monte* y en cosa de media hora le gané ochenta onzas de oro.

—Entónces,—díjole Julia—posees mil cuatrocientos sesenta pesos, porque aquí, en el comercio, cada onza de oro vale diez y siete duros.

—Y cuántos días hacen que llegaste?—preguntóle Margarita,

—Días? ninguno, niña. La goleta llegó esta mañana y todavía tengo á bordo mi equipaje. Tenía deseos muy grandes de ver á la niña y á toda la familia y hará cosa de una hora que salte á tierra y vine casi corriendo á la casa.

—Pues, entonces,—díjole Julia,—regresa á bordo ahora mismo y trae tu equipaje para que Inés te arregle el cuarto que tenemos vacío, junto al comedor; es verdad, mamá?

—Sí, hija mía; casualmente estaba pensando en lo mismo.

—Gracias, mis niñas, gracias; les agradezco el ofrecimiento, pero no me es posible hospedar-me aquí.

—Por qué?

—Porque mi amigo el sastre, que también ha llegado en la goleta, tiene familia en esta ciudad y le he dado mi palabra de vivir en su casa.

—Habiéndole dado tu palabra, debes cumplirla,—díjole Julia, añadiendo—pero, oye, vendrás con frecuencia á vernos; es verdad?

—Sí, mis niñas, muy pronto;—y añadió—que Dios las conserve con salud!

—Gracias, igualmente!

Al despedirse de Inés, sacó del bolsillo de su cotona una moneda, y poniéndosela en la mano, díjole:

—Adiós, tía; tome para cigarros.

Inés quedó sorprendida, al ver que en vez de un duro le había regalado una onza de oro!

Ramírez salió de la casa doblemente lleno de contento: había tenido el gusto de ver á la familia y dejándoles grata opinión de su persona, con las mentiras que les había echado! Lo del juego con el capitán de la goleta y su compromiso de vivir en la casa del sastre, eran invenciones suyas!



VI

Ricardo Mayer.

Juan Mayer, natural de Róterdam, puerto principal del reino de Holanda, tenía veinte años de edad cuando llegó á Guayaquil, en 1812, poseyendo un pequeño capital de 10,000 francos. En esta ciudad, á la vuelta de diez años, esto es, en 1822, el balance general de sus negocios de exportación de cacao á los puertos europeos y la importación de mercaderías inglesas, francesas y españolas, le demostró, con exactitud, que poseía un capital de setenta mil pesos, incluyendo cuatro mil, valor de una casa, cuyo dueño le había traspasado la escritura, en pago de una deuda.

Satisfecho de haber adquirido, honradamente, aquella suma de dinero, dióse á meditar, en la ejecución de su traslación á Holanda, ó permanencia en Guayaquil, trabajando hasta completar la cantidad de cien mil pesos.

Al fin, después de largo rato de meditación, resolvió lo primero, diciendo, mentalmente:

—Sin duda!..... Está claro!..... Quedarme aquí, es bobera! Guayaquil y Quito, adhiriéndose á Colombia, han ultrajado su gloriosa jornada del 9 de Octubre de 1820, y su glorioso triunfo del 24 de Mayo obtenido en la cumbre del Pichincha! En vez de españoles, los mandatarios serán colombianos! La agricultura y el comercio, andan mal! La guerra, aun no ha cesado! Todavía son indispensables algunas batallas para conquistar la libertad!.....Y en voz alta, exclamó:

—Me marcho!

—Te marchas?.....repitióle un caballero, presentándose en la puerta del almacén y avanzando hasta el pequeño sofá, adonde aquel estaba sentado.

Juan, al escucharle y verlo, se puso de pie y á medida que se abrasaban, díjole:

—Qué sorpresa, primo Guillermo! Cuánto gusto tengo de verte! Cuándo llegaste?.....

—Hará cosa de una hora. La barca *Sofía*, con carga para Guayaquil y Panamá, salió del Callao el diez y ocho y hemos llegado hoy, empleando así, con buenos vientos, sólo doce días.

—Regular viaje! Traes á Guayaquil algún negocio?

—Ninguno. La barca demorará, ocho días, en descargar y cargar un poco de mercaderías y sigo en ella para Panamá. De allí me trasladaré á Colón, donde me embarcaré en una fragata de guerra, holandesa, cuyo Comandante es muy amigo mío y sale para Rotterdam el 24 de Enero, á más tardar.

—Ah! Vas á Rotterdam? Pero regresarás pronto, dejando con salud á tu mujer y á tus chicos.

—No; no regresaré. Me quedo allí, definitivamente. En Lima he reducido á dinero todas mis propiedades y llevo Letras sobre el Banco de Londres por valor de ochenta mil libras. También, en un Banco de Rotterdam, tengo diez mil libras más; y me ha parecido que con esta fortuna, bien puedo vivir en Europa mejor que en América.

—Ya lo creo! Yo, con menos capital, creyéndome rico, acababa de resolver mi regreso á

Rotterdam, cuando me oíste decir que me marchaba!

—A cuánto asciende tu fortuna?

—En una casa y en dinero, poseo setenta mil pesos.

—¡Setenta mil pesos! Qué pequeñez! A Europa hay que regresar, con un capital, no menor de trescientos mil pesos, suficientes para establecerse allí, con una esposa buena y bella, digna madre de nuestros hijos y tesoro de nuestro hogar. A propósito de esto; tú estás soltero y tiempo es ya de que tomes estado.....

—Oh! Todavía no me ha flechado ninguna mujer!

—Bah! Si no te ha flechado ninguna, fléchala tú!

Y diciéndole ésto, sacó del bolsillo de su levita una cartera, y de ésta, el busto de un pequeño retrato de mujer joven, cuya belleza, el lector puede imaginarla igual, solamente, á la de un querube de la divina esfera.

—Te gusta esa mujer?—preguntóle, entregándole el retrato.

—Caramba!—exclamó Juan.—Qué belleza! Qué preciosidad! De una mujer, así como ésta, quién no se deja flechar? Vaya!..... Pero, oye; sabes?..... Esta joven, se parece un poco á tu mujer.....

—Tiene que ser así, Juan, porque son hermanas.

—Ah! Es hermana de tu Luisa?.....

Y cómo se llama?

—Elena.

—Bonito nombre!..... Después de una ligera pausa, añadió.—Te prometo, Guillermo, que dentro de tres meses, á más tardar, si se niega en Lima á ser mi esposa, me suicido!

—Bah! Suicidarte por la negativa de una mujer?..... Yo, ni por la Venus de Milo, con vida y poseedora de todos los tesoros del mundo, cometería tal necedad! Oye, primo;—añadió, palmeándole con cariño el hombro—emprende viaje á Lima, trata á Elena, háblale de tu proyecto de matrimonio y verás que, en menos de veinte días, repartirás tarjetas que digan: *Juan Mayer y Elena Peralta de Mayer, piden órdenes para Guayaquil.*

Diez días después de esta conversación, y de almorzar diariamente juntos los dos primos, Guillermo se despidió de Juan y en la barca *Sofía* siguió para Panamá.

También Juan, el primero de Febrero emprendió viaje á Lima, y á mediados de Marzo regresó á Guayaquil, acompañado de su esposa la bellísima joven Elena.

Las primeras personas de la culta sociedad que la mandaron saludar y la visitaron, fueron Don José Ramírez y su hija Margarita, con la circunstancia de estar sus casas contiguas y darles esto motivo para que fuesen amigas íntimas, hasta llegar al parentesco de afinidad, como padrinos de pila, Don José y Margarita, del primero y único hijo que tuvo Elena, durante su vida matrimonial. El niño nació en 1825 y fué bautizado con el nombre de Ricardo.

Este precioso niño, muy blanco y con la cabecita rubia, color de oro, casi perdió su nombre en la casa, desde que tuvo un año de edad; pues la servidumbre primeramente y luego sus padres, en vez de Ricardo, lo llamaban *Niñodíos*, siguiendo la costumbre del país, permanente hasta hace poco tiempo, de aplicarle á un individuo

un apodo, comunmente ridículo y las más veces extensivo al sexo femenino de la familia!

Pasaron algunos años y creció *Niñodios*, rápidamente, como la mala yerba, presentando á la edad de quince años una estatura, no alta, pero si casi igual á la de su padre.

Amar á un hijo bueno es cosa grande!

Amar á un hijo perverso, de mala índole, es cosa más grande aún y más meritoria; porque este desgraciado necesita que lo desvíen del mal camino, hasta hacer de él un ciudadano bueno, honrado y digno de respeto y estimación.

Para obtener este resultado, los padres que aman entrañablemente á sus hijos, bien está que los besen, acaricien y regalen; pero estas demostraciones del corazón y del alma, deben estar acompañadas de buenos consejos, reflexiones, máximas, advertencias y hasta de testigos severos, no disimulándoles, ni tolerándoles defectos y faltas, germinadores de vicios y crímenes, justamente censurados por la sociedad y castigados por la leyes.

Juan y Elena amaban entrañablemente á su hijo, y para verlo contento, llenábanlo de besos, juguetes y dulces; pero descuidaban su educación.

A la edad de quince años, Ricardo no sabía cosa que pudiera recomendarlo como niño inteligente y aplicado. Leía mal; escribía pésimamente, sin ortografía y con fea forma de letra; las cuatro primeras operaciones de la aritmética, las ejecutaba con dificultad; de historia y geografía, tenía muy escasas nociones; desconocía las reglas de moral y urbanidad; y las oraciones del rezo, enseñadas por su madre, ya las tenía olvidadas! En cambio, conocía el juego

de dados; ensartaba con su estoque cruelmente un perro ú otro animal callejero, sólo por el placer de verle agonizar; y había sido expulsado de varias escuelas, por desaplicado y *mañoso*, escamoteador de cortaplumas ó dinero á sus condiscípulos: era un ratero ó bandido, en ciernes!

Los amigos de Ricardo no eran los jóvenes de su edad, inteligentes y ricos de la sociedad á que él pertenecía, porque los aborrecía, sin causas que justificasen en él aquella disposición de su ánimo. Sus amigos eran muchachos del pueblo; y á esta clase pertenecían sus predilectos, Alvarado y Chalén, más ó menos de su misma edad y con idénticos instintos de raterías y ferocidades de bandidos!

Chalén era *cholo*, pues pertenecía á la raza indígena del Morro. Tenía catorce años de edad; no sabía leer ni escribir; gustábale la vagancia, recorriendo las calles, semanas enteras, sin ir á su casa, y estaba ya viciado en la ratería. No usaba zapatos, ni chaqueta. Todo su vestido consistía en un sombrero ordinario de paja de toquilla, cotona de puebla, pantalón azul de bayeta serrana, ceñidor negro y poncho listado, á cuatro dobleces colocado sobre el hombro izquierdo.

Alvarado era manco de la mano izquierda, había nacido en Guayaquil y tenía diez y seis años de edad. Sabía leer y escribir, pero no tenía oficio; vivía ocioso, y como Chalén, dedicado á la ratería. Usaba sombrero negro de fieltro, de los llamados, vulgarmente, *panza de burro*, chaqueta de dril, zapatos de pana, ceñidor rojo de burato y poncho.

Un día, sábado por la tarde, Ricardo, después que acabó de comer, en vez de salir á la ca-

lle á dar un paseo, entró á su cuarto, tomó la hamaca y comenzó á darse grandes mecidas, diciéndose á la vez, mentalmente:

—Pues, es cosa resuelta mi escapatoria de la casa y mi fuga de la ciudad, con mis amigos Alvarado y Chalén. Yo tengo ya quince años de edad, soy casi un hombre y estoy aburrido de una vida llena de privaciones. Verdad es que mi madre me regaló un reloj de oro, el año pasado, y mi padre me viste decentemente, como corresponde á una persona de mi clase; pero, sólo tengo permiso para estar fuera de la casa, hasta las ocho de la noche, y los días domingos me dan dos pesetas para que las gaste en lo que yo quiera.....; ¡Dos pesetas! Caramba! Sí; estoy resuelto á escaparme. Ya tengo, escondidos, debajo de mi colchón, cincuenta pesos, en monedas de plata y dos onzas de oro para Alvarado y otras dos para Chalén. Además, en mi cinturón hueco, de badana, y que oculto aquí debajo de mi pantalón, tengo treinta y ocho onzas de oro y diez doblones de cuatro duros cada uno. Y como lo tengo pensado, para que no me persigan, ya tengo lista la tarjeta con el nombre de mi padre, el de mi madre y el mío, para colocarla dentro de la ropa que dejaré sobre el muro del malecón, en momentos de embarcarnos, comprobando que he muerto ahogado, bañándome en el río! La noticia afligirá un poco á mis padres y á mi madrina Margarita; pero, pronto se consolarán!.....

Terminado su soliloquio, se levantó de la hamaca, puso sobre su cama un poncho, tramado de lana y seda, y en él enrolló zapatos, medias, camisa, calzoncillo, pantalón con tirantes, corbata, sombrero y chaqueta, conteniendo ya ésta,

en uno de los bolsillos, la tarjeta. Asegurado el atado con una cuerda, lo dejó oculto debajo de su cama, y como empezaba á oscurecer, tomó su sombrero, salió á la calle y se dirigió al puerto de la Merced. Allí, en el muro del malecón, tenía la costumbre de sentarse á charlar con sus amigos Alvarado y Chalén. Cuando llegó y tomó asiento, éstos estaban esperándole.

—Hoy me han ganado;—díjoles—han llegado ustedes primero que yo!

—Cierto;—dijeron á una los dos pilletes.

—Está lista la canoa para nuestra fuga?

—Sí;—contestó Chalén—en la balsilla hay tres y ya le he puesto el ojo á una, de regular tamaño.

—Bueno; magnífico! Saldremos mañana, á las siete de la noche, al empezar á crecer la marea.

—Para Petrillo, como dijimos ayer?

—Sí, para Petrillo. De este punto seguiremos viaje, á caballo, hasta Portoviejo.

Después de una pequeña pausa, añadió:

—Ya, por lo que á mi se refiere, todo lo tengo arreglado.

—Qué tienes arreglado?—preguntóle Alvarado.

—Pues, mi dinero, la escopeta de mi padre y mi puñal. Además,—añadió, entregándole un papel y veinte duros—aquí tienes el importe de las menudencias, necesarias para el viaje.

—Cuáles son estas menudencias?

—Tres canaletes, dos libras de pólvora, fulminantes, municiones y postas, pajuelas, dos alforjas, pan, queso, sardinas, cigarros y dos botellas de mallorca.

—Bien, muy bien; dijo el manco, guardando en sus bolsillos el dinero y el papel—mañana, á

la oración, estará todo dentro de la canoa. Pero.....

—Pero, qué?

—Que Chalén y yo, tenemos afilados nuestros puñales y listas nuestras escopetas, pero no tenemos dinero!

—Bah! No importa; mañana, cuando estemos en la canoa, les regalaré dos onzas de oro á cada uno.

—Ah! Pues, desde ahora, te anticipo las gracias.

—Y yo también;—repuso Chalén.

—Por lo visto,—díjole el manco—le has robado bastante dinero á tu padre?

—Robado á mi padre?..... Estás equivocado, no le he robado ni un centavo! El dinero que tengo, lo he tomado del cofre que tiene mi madre dentro de su cómoda. Dinero que me pertenece, puesto que soy su único heredero.

—De veras; tienes razón; no se me había ocurrido aquello!

Un moralista ó un jurisconsulto, reirían á mandíbula batiente, de la lógica de Ricardo, aprobada por Alvarado.

Ricardo, poniéndose de pie é imitándolo sus compañeros, díjole á Chalén:

—Me resta hacerte un encargo.

—Cuál?

—Mañana, cuando empiece á oscurecer, te acercas al zaguán de mi casa y me silbas. Yo bajaré y te daré la escopeta, juntamente con el atado de mi ropa, que debe quedar aquí, sobre el muro, como ya lo saben, para comprobar que he muerto ahogado.

Chalén le prometió cumplir su encargo y los tres amigos se separaron.

Cuando Ricardo penetró en el zaguán de su casa las campanas de la Iglesia de la Merced, anunciaban las ocho de la noche.

Transcurridas las veinticuatro horas de espera, con lentitud atormentadora para Ricardo, éste, al fin, oyó el silbo de Chalén, tomó la escopeta y el atado y bajó, sin ser visto por ninguna de las personas de la casa.

—Toma,—díjole á Chalén—la escopeta la pones dentro de la cañoa y me esperas con el atado en el muro del malecón. Vete, pronto, que ya te sigo.

Chalén partió á escape y Ricardo subió, sin ser notado y penetró en su cuarto. En seguida, sin hacer ruido, entró al dormitorio de sus padres y desde allí vió que éstos, sentados en sillas mecedoras, cerca del balcón, conversaban tranquilamente.

Regresó á su cuarto, tomó su sombrero y se dirigió al comedor. Allí, le dijo á Jacinto, uno de los esclavos de la familia:

—Voy á bañarme al río; quieres venir, Jacinto?

—Ay! Niñodíós; bañarse a esta hora, cuando hace poco rato que hemos merendado?... Puede hacernos daño!

—Bah! A mí no me hace daño nada!

Y sin añadir una sílaba más, le volvió la espalda, tomó la escalera y se marchó.

De su casa al muro del malecón, no demoró más de seis minutos; y viendo á Chalén, sentado junto al atado, díjole:

—La oscuridad y la soledad nos favorecen; pronto; desata el atado y dame el poncho.

Hecho esto, dejaron la ropa amontonada, cuidando de poner la chaqueta sobre el sombre-

ro para que el viento no lo moviese, y bajaron las gradas del puerto, llegaron á la balsilla y se metieron dentro de la canoa, en la cual, Alvarado, con su canaleta en la mano, estaba ya sentado en la popa.

Empujaron la canoa, los tres á un tiempo, y con el impulso de sus fuerzas al bogar y el auxilio de la favorable marea, la embarcación navegaba, aguas arriba, sobre las ondas del caudaloso Guayas.

Alvarado conocía bien el río y los puntos á donde habían balsas para poder atracar las embarcaciones y tomar descanso. Así, pues, en el primer descanso que hicieron, después de dos horas de haber bogado, hasta fatigarse, Ricardo les entregó las dos onzas de oro que á cada uno les había ofrecido; sacaron pan y queso de las alforjas, y finalizaron la cena con un par de tragos de mallorca.

Terminada la cena, continuaron el viaje y llegaron á Petrillo á las doce de la noche.

En la balsa que había allí, en el puerto, amarraron la canoa y dentro de la misma se acostaron y echaron un regular sueño de cinco horas, pues Ricardo, al despertar, vió que su reloj marcaba las seis de la mañana.

Pasadas dos horas, los tres fugitivos y un guía, peón del dueño de las caballerías que habían alquilado, repagándolas, salieron de Petrillo para Portoviejo.

Entre tanto, mientras viajan los tres pilletes, digamos lo que aconteció en Guayaquil.

Media hora después de la fuga de los tres bribones, un celador de Policía llegó al malecón, vió sobre el muro un montón de ropa, como de persona que se estaba bañando y tendió su vista

hacia el río para verla; pero, en aquel momento, ningún ser viviente se bañaba y en vano esperó casi media hora, la presentación de su dueño.

Con tal motivo y concibiendo la idea de una desgracia, sacó de su bolsillo el pañuelo de su uso, colocó en él la ropa, formando un atado, y se dirigió á la Jefatura de Policía.

Allí, le entregó el atado al Comisario de turno, manifestándole que su opinión era la de haberse ahogado el dueño de la ropa.

—También es esa mi opinión;—díjole el Comisario—y vamos á proceder al registro de la ropa para ver si encontramos algo que nos indique quién es su dueño.

El Celador, registrando los bolsillos del pantalón no halló nada.

El Comisario, registrando los bolsillos de la chaqueta, encontró, en uno de ellos, un pañuelo y una tarjeta. La tarjeta, como el lector recordará, contenía el nombre de Ricardo y el de sus padres.

—Aquí tenemos ya el nombre del ahogado!—dijo el Comisario, leyendo en voz alta los tres nombres.

Y después de una breve pausa, añadió:

—El ahogado es el joven Ricardo, porque mi amigo, Don Juan Mayer, se baña en su casa y nunca en el río.

El Celador, conmovido, dijo:

—Qué lástima! Conocí al joven y no tendría más de catorce años de edad!

Continuando el registro, quedaron convencidos de que el ahogado era Ricardo, pues el pañuelo, la camisa y el calzoncillo, estaban marcados con las iniciales, R. M.

Terminado el registro, el Celador formó un

nuevo atado, y en unión del Comisario, se dirigieron á la casa del señor Mayer, donde éste y su esposa, hacía ya más de media hora que estaban inquietos por la tardanza de Ricardo!

Incompetente nuestra pluma para describir la dolorosa escena que presenciaron el Comisario y el Celador, al darle á la familia la fatal noticia, á la vez que entregándoles la ropa y el hallazgo de la tarjeta, nos vemos obligados á suplicar al lector, que se la imagine tal cual fué, teniendo ya conocimiento de que, tanto Elena como su esposo, amaban entrañablemente á Ricardo.

Visibles como estaban los objetos comprobatorios de aquella desgracia, confirmada, aún más, con la declaración del esclavo Jacinto, que había sido invitado á bañarse por su amito Niñodiós, hacían que la misma Elena, entre lágrimas y sollozos, dijese:

—Dudar de la muerte de mi hijo, ahogado en el río, es ofender á Dios!

Y desde aquella misma noche se procedió á buscar el cadáver de Ricardo, por medio de buzos y al día siguiente, repagando boteros y canoeros que recorriesen el río, en todas direcciones, porque después de las veinticuatro horas, sin lugar á dudas, el cadáver tenía que flotar sobre la superficie de las aguas.

Pero, transcurrió una semana y el cadáver no pareció; teniendo todas estas diligencias un costo de setecientos pesos.

El duelo tuvo que recibirlo el señor Mayer, por tarjetas; ya por el número de sus relacionados, ya porque, Elena, desde el día siguiente de la fatal noticia, no pudo dejar el lecho, acometida de fuerte fiebre que puso en peligro su vida.

Felizmente, después de veinte días, empezó á recuperar la salud perdida, contribuyendo á este resultado, los profundos conocimientos médicos del afamado Doctor José Mascote.



VII

Cogida la hebra se llega al ovillo.

Transcurrió un año, y para Elena y su esposo, aquellos doce meses, contenían, á diario, con el permanente recuerdo de la muerte de su amado hijo, suspiros, sollozos y lágrimas, que inútilmente trataban de ocultarse el uno al otro, delatados por sus tristezas y penas retratadas en sus semblantes!

Aquel ser querido había muerto fuera del hogar, sin los auxilios de la religión! Y esto era penosísimo!

Había muerto, ahogado en el río ó comido por algún lagarto! Y esto era horrible!

Y si bien, Elena, combatiendo sus dolencias físicas, había recuperado su salud, ni las caricias de sus amigas, ni las ternuras de su esposo, ni su misma fe religiosa le hacían sentir alivio á su alma enferma, desgraciada y entristecida por la incontrastable voluntad de su destino!

Así, después de los tres primeros meses de su duelo, hasta la terminación del año, Elena sólo había salido á la calle los días domingos por la mañana, á oír misa á la Iglesia de San Francisco, y no más de cuatro veces, á casa de su íntima amiga, Margarita, madrina de Ricardo.

En las costumbres del señor Mayer, también se habían operado cambios visibles. No acogía ya los negocios con entusiasmo y hasta suprimió la exportación é importación de algunos artículos. En el almuerzo y en la comida apenas probaba las viandas. Por la tarde, salía lenta-

mente de su casa, tomaba el malecón; llegaba al puerto de la Merced, se detenía un rato en el muro, y de allí, por el mismo camino, regresaba á su casa: este era su paseo cotidiano.

Reflexionaba mucho y hablaba poco.

Reflexiones sugeridas, no sólo por los recuerdos de la conducta de su hijo, no desconocida para él, sino también por los descubrimientos que había hecho, ya de un modo casual, ya como resultado de sus investigaciones.

Pasado el cuarto mes de su duelo, un amigo solicitó de él su escopeta para ir de cacería, y no pudo complacerlo, porque la escopeta no estaba en la casa.

Aquel mismo día le preguntó á Elena:

—Sabes, tú, si nuestro hijo le ha dado prestada mi escopeta á algún amigo?

—Pues, no; pero sí recuerdo haberla visto en un rincón de su cuarto.

—La escopeta no está allí.

—Preguntémosle por ella á Jacinto y á Nicolás.

—Oh! No! Mejor es que los esclavos ignoren las calaveradas de sus amos. Además, oye, se me ocurre que puedo hallar mi escopeta.

—Cómo así?

—Ricardo tenía dos amigos, pilletes, y á uno de éstos, para ir de cacería, puede habérsela prestado.

—Sabes el nombre de aquellos muchachos?

—No; pero lo averiguaré.

—Pobre hijo mío! Tener amistad con esa clase de gente! Ay! Tal vez, ellos lo invitaron á bañarse y se ahogó!

—Hay otra cosa más, Elena, que me obliga á averiguar el paradero de aquellos pilletes.

—¿Qué cosa, Juan?

—Que á fines de aquel mes, fatal para nosotros, y estando tú enferma, noté la falta de cerca de ochocientos pesos, en el balance que hice del dinero que tenía yo dentro del cajón de tu cómoda; y desde entónces pensé, que aquel dinero lo había tomado Ricardo para gastarlo con sus amigos, ó mejor dicho, para dejárselo ganar de aquellos bribones, con la baraja ó con los dados, jugando el *monte* ó la *pinta*.

Elena, derramando copioso llanto, exclamó:

—Ay! Juan! Nuestro hijo conocía esos juegos?

—Sí; de ello, estoy bien informado.

Y también, conmovido, abrazándola y besándole la frente, añadió:

—Hemos amado mucho á nuestro único hijo! Su recuerdo nos acompañará hasta el sepulcro! Pero, Dios sabe lo que ha hecho, quitándole la vida, en momentos en que la aurora de su juventud, comenzaba á reflejarse en sus cabellos color de oro!

Comenzó, pues, el señor Mayer, desde el siguiente día de esta conversación, á recorrer algunas calles, retiradas, de varios barrios de la ciudad, en busca de las familias de los muchachos, una ó dos veces por semana, hasta después de terminado el año, sin haber podido obtener dato alguno á ese respecto; y como dijimos, al comenzar el presente capítulo, el año transcurrió, para los afligidos padres de Ricardo, sin esperanzas consoladoras de sus penas!

Pero, al fin, transcurrieron dos meses más, y fué el primero de Marzo de 1842, la fecha en que el señor Mayer pasó de las tinieblas á la luz, ó mejor dicho tocó su mano la hebra que lo conduciría al ovillo.

En la mañana de aquel día, después que abrió su almacén, situado en la calle del Comercio y dejado en sus puestos á los empleados, tomó su sombrero y se dirigió al barrio de la Merced, para recorrer la calle del Bajo, única que le faltaba para sus investigaciones; y desde que llegó á la bocacalle del *Peso viejo*, tomó el portal de la izquierda, y á paso lento, pero con la mirada atenta hacia las personas que estaban de pie, delante de los zaguanes de sus casas ó puertas de sus tiendas, examinaba sus fisonomías, esperando ver alguna que le motivase deseos de interrogarle.

Y sucedió lo que deseaba; pues se detuvo delante de una mujer, tipo de lavandera y algo entrada en años, que estaba sentada en el suelo, junto á la puerta de su habitación.

—Buenos días, buena mujer.

—Buenos días, señor;—contestóle, poniéndose de pie y añadiendo—busca lavandera?

—No busco lavandera. Lo que ando buscando es la casa de un muchacho, á quien mi hijo, que es su amigo, le ha prestado mi escopeta.....

—Ay!—exclamó, poniendo los brazos en jarrá, inclinando el cuerpo y abriendo los ojos, como impulsada por un movimiento nervioso—*us-té es er taita* de Niñodiós, amigo de mi hijo *Ansermo!*

—Lo ha adivinado usted, buena mujer!

—Pero, mi hijo, no ha *recibido* ninguna escopeta de su amigo; porque *dende er día* en que se *jujó*, hace ya más de un año, se *jué* robándole la escopeta á su *taita!*

—Dice usted, que hace más de un año que se huyó su hijo Anselmo?

—Sí señor; *er* tenía la costumbre de quedarse *juera* de la casa, á veces, hasta ocho días; pe-

ro la *última* vez que se *joyó*, como le *hey* dicho, robándose la escopeta, *jué* para siempre, y su *taita* y yo creemos que *jué* de cacería, se perdió en la montaña y se lo comió *er* tigre ¡.....

Después de una ligera pausa, añadió:

—Mire, señor; *tar* vez, su escopeta no parece, porque la tomó su hijo para ir de cacería con mi *Ansermo*..... Caramba, señor, á Niñodiós también se lo ha comido *er* tigre!

El señor Mayer, no opinando de la misma manera, pasó á otro asunto, haciéndole la siguiente pregunta:

—Diga usted, buena mujer, es verdad que Niñodiós tenía otro amigo, también íntimo?

—Sí, señor; *er* manquito *Arvarado*. *Dende* que se *joyó* mi hijo, *aquer* no ha asomado por aquí. Vaya! Con *siguridá*, á éste también se lo ha comido *er* tigre!.....

—A dónde vive la familia del manquito?

—Siguiendo esta *mesma* calle, para la orilla, *dentre ar* callejón de la Quinta *der* señor Rodríguez Coello, y pregunte allí, que *cuarquiera* le da razón de la casa *der* tío.

—Cómo se llama el tío?

—Federico *Arvarado*.

—Y usted y su marido, cómo se llaman?

—Yo me llamo *Chomba* Chalén. para lo que *usté* mande, y mi marido *Chombo* Chalén, porque *semos* tocayos y primos.

—Bien, muy bien; le doy las gracias por todas las noticias que me ha dado.

Y sacando un duro del bolsillo de su chaleco, díjole:

—Adiós, y tome ésto para que pague una misa por el alma de su hijo.

Chomba tomó la moneda, le dió las gracias, contestóle el adiós y entró á su cuarto.

El señor Mayer se dirigió al callejón de la Quinta del señor Rodríguez Coello, donde, á pocos pasos, un chicuelo, como de doce años de edad, se entretenía haciendo bailar un trompo.

—Cómo estás?

—Yo estoy bueno; el que está enfermo es mi tío Federico.

—Qué enfermedad tiene?

El muchacho hizo un gesto y movió el hombro izquierdo, expresándole, de aquel modo, que no sabía cuál era la enfermedad de su tío.

—Dime,—repuso el señor Mayer—tú tienes algún hermano?

—Sí señor.

—Cómo se llama?

—Él se llama Mateo y es manco, y yo me llamo Pascual.

—Y á dónde está Mateo?

—Mateo? Caramba; se huyó, robándole la escopeta á mi tío!

—Y se huyó solo?

—Así debe ser.....

El señor Mayer, ya en posesión de estos datos, juzgó innecesario hablar con el tío de los muchachos, y dándole una peseta á Pascual, para dulces, se alejó del callejón, dirigiéndose á su casa, en vez de regresar al almacén.

Al entrar al dormitorio, saludó á Elena y díjole á una de las esclavas:

—Carmen, el almuerzo; pues traigo buena apetencia!

La esclava salió.

—Hola! Qué gusto me acabas de dar, oyén-

dote decir que traes apetencia!...Pero, qué veo; tu semblante está alegre; por qué, Juan?

—Levántate de la hamaca, para decírtelo.

Elena se puso de pie, y su esposo, abrazándola cariñosamente, díjole:

—Nuestro hijo vive!

—De veras?—exclamó, con sorpresa y regocijo.

—Sí; he encontrado á las familias de los amigos de Ricardo... pero, vamos á almorzar; después te contaré todo lo que he averiguado.

Elena, tan contenta ó quizá más que su esposo, almorzó también con bastante apetencia, aunque aprisa, deseosa de saber pronto cuanto aquél iba á referirle.

Terminado el almuerzo, regresaron al dormitorio, y en menos de una hora, Elena quedó impuesta de todo lo que su esposo había averiguado; y tanto ella como aquél, reflexionando, veían, sin sombras, el ardid de su hijo, previniéndole al esclavo Jacinto que iba á bañarse al río, y dejando sobre el muro una muda completa de ropa y la tarjeta escrita con su nombre y el de ellos, para hacerles creer que había muerto ahogado y de aquel modo, evitar toda persecución.

—Creo, Juan, que discurre con acierto, esto es, sin réplica; y soy de tu opinión; á Ricardo no se lo ha comido ningún tigre, ni ha muerto ahogado en el río: nuestro hijo vive. Pero, ay! sólo Dios sabe adónde se hallan estos muchachos!

—Oh! Nosotros también lo sabremos, porque ya tengo cogida la hebra que me conducirá al ovillo, y desde hoy mismo voy á comenzar á practicar las diligencias del caso.

Besó la frente de Elena, salió y se dirigió á su almacén; y sacando del cajón de su escritorio una onza de oro, que guardó en el bolsillo de su

chaleco, tomó nuevamente la calle y se dirigió á la Jefatura de Policía.

—Hola! Amigo Don Juan;—díjole el Comisario, desde su asiento, al verle entrar á su despacho—qué vientos lo traen á usted á estos sitios?

—Los de la esperanza, amigo mio, los de la esperanza! Deseó hablar con usted, un cuarto de hora, no más, pero sin que se nos interrumpa.

El comisario tocó una campanilla, se presentó un vigilante y díjole:

—No estoy visible para nadie, hasta nuevo aviso.

El vigilante se retiró.

—Puede usted hablar, mi querido amigo; qué ocurre?

El señor Mayer puso en conocimiento del Comisario, cuanto ya hemos referido, con relación á la fuga de los pilletes, á las escopetas, al dinero sustraído del cajón de la cómoda, al ardid de Ricardo para evitar que lo persiguiesen y su opinión y la de su esposa respecto de estos particulares.

—Le diré, pues, mi amigo, que participo de la opinión de usted y de su señora; y puesto que tenemos cogida la hebra, nos iremos hasta el ovillo!

Y cogiendo de encima de su mesa un grueso libro, manuscrito, en cuyo lomo se leía esta fecha, 1840, lo abrió por el final y registró el índice, hasta dar con la palabra *Mayer*.

—Aquí está;—dijo—Mayer, página 490.

Y abriendo el libro por aquella página, leyó:

—MAYER: *Diciembre 28. Ricardo Mayer, abogado á las siete de la noche en el río, bañándose en el puerto de la Merced; marea baja ó principio de creciente. Ropa de uso, encontrada*

por el Celador José Castro, sobre el muro del malecón y entregada á su familia, una hora después.

—Por este apunte,—añadió—podemos colegir, de un modo cierto, que fugaron á las siete de la noche, aguas arriba con principio de marea.

—Eso está claro.

—Bien; sigamos discurrendo con juicio.

—Diga usted.

—Si se hubiesen dirigido á Samborondón, Yaguachi ó Daule, pueblos inmediatos á esta ciudad, en el tiempo transcurrido, ya había usted tenido noticias de su hijo; y esto hace fácil pensar que se han dirigido á puntos más lejanos y acaso de poco tráfico sus caminos.

—Apruebo sus reflexiones, prosiga usted.

—Si no se han dirigido á Babahoyo para encaminarse á la sierra, la dirección que han tomado es la de Petrillo para emprender viaje á Manabí, provincia cuyos puertos permiten embarcarse para dar la vuelta al mundo.

—Bien, muy bien; le repito que apruebo sus reflexiones.

—Entonces, mi amigo; sin soltar la hebra y sin pérdida de tiempo, marchemos hasta el ovillo.

—Cómo así?

—Va usted á saberlo.

Tocó la campanilla y se presentó un vigilante.

—Está el Celador José Castro?

—Si señor.

—Que venga inmediatamente.

Sin demora de un minuto, se presentó Castro

—Se acuerda usted de la ropa que encontré sobre el muro del malecón, hará cosa de un año y que resultó ser del hijo del señor Mayer, ahogado aquel joven en el río?

—Sí señor, me acuerdo como si fuese ayer.

—Pues bien; siéntese usted, mientras escribo las instrucciones de la comisión que voy á darle; pues aquel joven no se ahogó; lo que hizo fué fugar-se aquella noche, con dos amigos, casi de su misma edad.

Tomó un pliego de papel y escribió lo siguiente:

“Averiguar la llegada á Petrillo, para seguir viaje á Manabí, á fines de 1840, de tres muchachones, armados con escopetas, como de quince á diez y ocho años de edad, blanco y muy rubio el uno, manco de la mano izquierda el otro y tipo de cholo de la costa el tercero. No obteniendo en Petrillo, datos favorables, seguir á Nobol para practicar allí las mismas diligencias; y sin demora regresar á Guayaquil.”

Al terminar, leyó en voz alta lo que había escrito, dobló el papel, y entregándoselo, juntamente con ocho duros, díjole:

—Prepare una canoa de las del servicio y tres bogas, esto es, tres vigilantes que se pondrán á sus órdenes y á quienes dará usted un duro á cada uno para su comida; los otros cinco duros los empleará usted en gastos que puedan ofrecerse.

—A qué hora debo salir del puerto?

El Comisario miró el relój de pared, de su despacho y contestóle:

—Va á dar la una; salga usted á las cuatro de la tarde, aún cuando sea contra marea, á fin de ganar tiempo y poder estar aquí, de regreso, mañana á esta misma hora, esto es, á la una de la tarde.

El Celador se marchó.

El señor Mayer, se despidió del Comisario y se alejó de la Jefatura.

Al siguiente día, pocos minutos antes de la una de la tarde, el señor Mayer penetró en el despacho del Comisario y encontró allí al Celador Castro que acababa de llegar, desempeñando bien su comisión.

Y el Comisario díjole al Celador:

—Refiérale al señor Mayer, cuanto acaba usted de comunicarme.

—Los tres muchachones,—dijo Castro, mirando al señor Mayer—llegaron á las doce de la noche á la balsa que está en aquel sitio, y á poquito, en la misma canoa que los condujo, durmieron hasta las seis de la mañana. En seguida, tomaron café, le alquilaron tres caballos á ñó Pedro Murillo, que tiene allí ese negocio, y con un guía, que debería regresar los caballos, salieron para Portoviejo, llevando cada uno, detrás de su espalda, la escopeta. Además, he hablado con el guía, llamado Pablo, que está ahora en Petrillo, y me ha dicho que los tres muchachones se hospedaron en la casa posada de José Terán, donde vivieron dos meses, y ahora frecuentan mucho una casa, situada á diez cuabras fuera de la ciudad, y en la cual vive un tejedor de sombreros, llamado Tomás Suárez, con su esposa y dos hijas, ya muchachonas..... Esto es todo lo que he averiguado, señor.

—Bien, muy bien, señor Celador. Ha desempeñado usted su comisión, mejor de lo que yo me esperaba.

Y entregándole una onza de oro, díjole:

—No le pago su servicio como empleado; le hago este obsequio como demostración de mi afecto.

—Gracias, señor;—contestóle, guardando la moneda.

—Puede usted retirarse,—díjole el Comisario. El Celador los dejó solos.

En aquel momento se oyó la detonación de varios cañonazos y Don Juan preguntóle:

—Qué significan esos cañonazos?

—Seguramente saludo á la plaza que le hace la corbeta francesa que llegó poco después de las doce.

Después de una pausa, añadió:

—Está usted contento, amigo Mayer?

—Ya lo creo, porque poco nos falta para echarle mano al ovillo!

—Es lo que hay que hacer; y hoy mismo, con un posta, le remitiré un exhorto al Comisario de Policía de aquel lugar, para que proceda á la captura de los prófugos y con las seguridades precisas, me los remita á esta ciudad.

—No, mi amigo; á mi hijo, no! Dígale usted que remita á los dos muchachos, pero que conserve preso á mi hijo, hasta que yo llegue á esa, que será dentro de tres días á más tardar.

—Conoce usted á aquel Comisario?

—Oh! Sí; es muy mi amigo y hasta mi deudor.

—Entónces, además de mi exhorto, escríbale usted particularmente, expresándole sus deseos.

—Así lo haré. A qué hora despachará usted el posta?

—A las cinco de la tarde.

—Pues, dentro de una hora, estará lista mi carta para el Comisario. Ah! No olvide usted que todo gasto corre de mi cuenta. Adiós!

El señor Mayer, inmediatamente que llegó á su almacén, escribió la carta para su amigo el Comisario de Portoviejo, informándolo de todo, como lo había hecho con el Comisario de Guaya-

quil; y le suplicaba pusiese á su hijo en seguridad, hasta que él llegase, para regresarlo á Guayaquil.

Cerró la carta, la selló y se la remitió al Comisario, con uno de sus empleados.

Y disponíase ya á regresar á su casa, cuando un joven oficial de la corbeta francesa, penetró en su almacén.

Al verlo, el señor Mayer se le acercó, saludáronse, y preguntóle, en correcto francés:

—Pertenece usted al buque que ha llegado al puerto?

Sí señor; soy guardiamarina de la corbeta *Marsella*.....

—Oh! Qué gusto! Su Comandante es mi tío Andrés Bourget.

Sí señor; me ha mandado expresamente, para que ponga en manos de usted esta tarjeta.

El señor Mayer tomó la tarjeta y leyó:

—Corbeta *Marsella*. Comandante Andrés Bourget.

Querido Juan: He llegado enfermo y no me es posible ir á tierra. Saluda á tu Elena y á tu hijo y ven pronto á bordo para que pueda darte un abrazo tu tío

Andrés.

Acabada de leer la tarjeta, llevó al joven á su casa, y después de un rato de conversación con Elena, se despidieron y se dirigieron á la corbeta.

La entrevista del tío y del sobrino, fué de lo más afectuosa, habiendo transcurrido muchos años sin verse: Juan era hijo de la mayor de sus hermanas, que le llevaba veinte años más de edad y lo había mimado como á un hijo.

¡Celebridades Malditas! 10

La enfermedad que le había impedido ir á tierra, no era de gravedad: inflamación de un pie, á causa de un golpe, la cual desapareció, pronto, con la aplicación de paños empapados en árnica.

La Corbeta, en viaje de Francia para el Pacífico, ya había arribado á Valparaíso y el Callao, y de Guayaquil debía continuar, sin mucha demora, á Panamá y San Francisco de California.

Y debiendo salir la Corbeta al día siguiente, el sobrino aprovechó de esta primera entrevista para poner á su tío al corriente del estado penoso de su corazón, con motivo de la mala conducta de su hijo Ricardo, y sin ocultarle los pormenores que el lector conoce, y suplicándole que lo admitiese á bordo, como grumete ó marinero, haciéndole adquirir amor al trabajo, causa tal vez, en lo futuro, para verlo regenerado y digno del amor de sus padres y estimación de sus conciudadanos.

Y habiéndole manifestado su tío, que aceptaba á bordo á Ricardo, pero sin darle á saber que era su tío abuelo, quedaron convenidos, en que Don Juan saldría al día siguiente en la Corbeta para el puerto de Manta; de aquí, por tierra, se dirigiría á Portoviejo, de donde regresaría con su hijo para embarcarlo en el mismo buque, seguir viaje hasta Puná, de cuya isla, la Corbeta seguiría para Panamá y Don Juan se dirigiría á Guayaquil.

Arreglado todo de esta manera, dejemos ahora al posta viajando para Portoviejo y al señor Mayer para Manta, y ocupémonos de los tres pilletes, en nuevo capítulo.

VIII

¡Asesinos!

El viaje de los tres pilletes, desde Petrillo hasta muy cerca de Portoviejo, no contiene cosa que merezca referirse.

En el camino hablaban poco, y á Pablo, peón que los guiaba, apenas le dirigían la palabra para preguntarle el nombre de tal ó cual sitio que distinguían, cercano ó lejano, á la derecha ó á la izquierda del camino.

—Allí hay una casa;—díjole Chalén, señalándosela con la mano, hacia la derecha.

—Pero no está concluida;—repuso el guía—es una ramada de paja, sostenida en cuatro estacas, con piso de cañas, sin paredes y sin escalera; la llaman casa de la *bruja*!

—Qué distancia hay de aquí á Portoviejo?

—No más de un cuarto de legua.

Y sin hablar más, continuaron la marcha.

Después de largo rato y en la última encrucijada del camino, llegaron hasta muy cerca de una casa, de regular tamaño, con techo de paja, y fabricada dentro de un patio, cercado de cañas, en su mayor parte rotas y envejecidas por el tiempo.

—De quién es aquella casa, Pablo?—preguntóle Ricardo.

—Esa casa es de ño Tomás Suárez, tejedor de sombreros.

—La habita él solo?

—No, niño; es casado y tiene dos hijas, ya muchachonas.

—Cómo se llaman?

—No sé el nombre de las hijas, pero la mujer se llama *Chabela*.

—Y qué distancia hay de aquí á Portoviejo.

—Unas diez cuadras; de allí se alcanza á ver las casas de la ciudad.

Ricardo detuvo su caballo, vió la hora en su reloj y dijo:

—Compañeros, van á dar las cinco de la tarde y no nos conviene entrar de día á la ciudad, careciendo de alojamiento.

—Sí pueden tener alojamiento,—repuso el peón—porque junto al corral, donde tengo que dejar los caballos, hay una casa con cuartos para pasajeros.

—Bien; entonces, allí nos hospedaremos; pero, lo que es ahora, vamos á saludar á la familia del tejedor.

—Bien pensado;—dijo el manco, apéandose— allí nos darán merienda ó cena.

Apeados todos, amarraron los caballos en dos estacas, inmediatas al cercado; y acercándose á la puerta, que estaba abierta, vieron al tejedor, la esposa y sus dos hijas; las tres mujeres sentadas en banquetas y aquél de pie, sobre el piso de la habitación, despampada, que hacía las veces de sala y taller de trabajo.

—Buenas tardes;—dijeron á una los cuatro viajeros.

—Muy buenas, jóvenes,—contestaron las personas de la casa.

—Se da permiso para pasar adelante? —preguntó Ricardo.

—Con mucho gusto; suban ustedes,—contestó el tejedor.

El aspecto del tejedor era el de un verdadero campesino, la piel trigueña, tostada por el sol;

representaba cuarenta años de edad, que era efectivamente la que tenía; su estatura, menos que regular, era pequeña; y su cuerpo, no flaco, pero sí delgado.

Su esposa y sus dos hijas, también tenían, visiblemente marcado, el aspecto de la mujer campesina: sencilla en sus costumbres, ignorante de las maldades de los hombres y de ahí fácil para aceptar las ternuras é insinuaciones del primero de los bribones que se atraviesa en su camino.

La mujer del tejedor tenía treinta y ocho años de edad, color trigueño, faz graciosa, estatura regular, y cuerpo airoso de formas esculturales. Expresándonos con acierto, podemos decir, que la mujer del tejedor, en vez de madre, parecía hermana de sus dos hijas. Éstas, de diez y siete años de edad la una y de quince la menor, tenían rostro agradable y colorcito de canela, de gusto de algunas personas; cintura delgada, talle airoso, y formas, en fin, tan desarrolladas, que las hacía aparentar mayor edad.

La casa no tenía balcón; y la sala, como ya hemos dicho, estaba á la pampa, y allí, á ciertas horas, tejía sombreros la familia. Junto á la sala estaba el dormitorio, conteniendo tres camas de madera, dos baules y una mesita, sobre la cual habían cuatro sombreros de paja toquilla, comenzados á tejer. En la sala no habían más objetos que, cuatro banquetas, una hamaquita esquinera, una botija, inclinada hacia un rincón, y dos cajones de vino, vacíos.

La cocina se comunicaba con la sala, por medio de una azotea, de dos metros de ancho y seis de largo.

En el patio, amarrados con cadenas, tenían

dos perros, que desataban por la noche, después de atrancar la puerta del cercado.

Y finalmente, picando en la tierra gusanitos y yerbas, daban vueltas alrededor de la casa, quince ó veinte gallinas y varios gallos.

La pobreza, pues, de esta familia, era resalante. Pero á ella estaban acostumbrados los seres que la componían, hasta sentirse, á veces, alegres, y tal vez, algunos momentos, dichosos!

Al subir los cuatro viajeros á la casa, el guía se sentó en el suelo á la entrada de la sala; los tres pilletes avanzaron hasta el grupo de la familia y saludáronse todos, estrechándose las manos. Y colocando sus escopetas junto á la botija, se sentaron en las banquetas que les ofrecieron; y como las niñas ocuparon los cajones vacíos, quedaron sentadas, la mayor junto á Alvarado, y la otra junto á Chalén; el tejedor en una banqueta, su esposa en la hamaquita y Ricardo cerca de ésta.

—Vienen ustedes de Guayaquil?—preguntóles el tejedor.

—De allá venimos;—contestó Ricardo—mi padre me ha dado permiso para que recorra esta provincia, acompañado de estos amigos.

—Y cómo se llama usted?

—Ricardo Mayer.

—Y los amigos?

—Yo me llamo, Mateo Alvarado.

—Y yo, Anselmo Chalén.

—El guía,—dijo Ricardo—me ha dicho que usted se llama Tomás Suárez...

—Sí, joven; para lo que usted mande.

—Gracias;—y dirigiéndose á la mujer del tejedor, preguntóle:

—Y usted, mi amiga, cómo se llama?

—Isabel; pero me gusta más que me digan, *Chabelita*.

—Lo tendré presente; y las niñas, que nombre tienen?

—Yo, *Gabucha*;—dijo la mayor.

—Y yo, *Chombita*;—añadió la otra.

—Chombita?—exclamó Chalén—Ay! qué gusto; así se llama mi *mama*!

—Es verdad;—añadió Ricardo—pero hablemos de otra cosa. Amigo Tomás, han comido ustedes?

—Sí, joven; hace más de una hora. Aquí es la costumbre comer temprano.

—En Guayaquil también;—y mirando la hora en su reloj, añadió—son más de las cinco y media y nosotros no hemos comido; y como es tarde para ponerse á cocinar y no permito que ustedes se tomen esa molestia, en un momento vamos á improvisar aquí una especie de merienda.

—Aplaudo la idea,—dijo Alvarado.

—Lo propio digo,—añadió Chalén.

Ricardo sacó cinco pesos y se los entregó al guía, diciéndole:

—Pablo, te vas corriendo á caballo y traes de la ciudad, pan, queso, cuatro cajas de sardinas y dos botellas de vino.

Pablo bajó, montó á caballo y salió á galope.

—Cuatro cajas de sardinas, es poco,—dijo Alvarado.

—Es que en mi alforja,—replicó Ricardo—tengo cuatro cajas y todavía nos queda mallorca. Anda, tú, Chalén, trae la limeta y las cajas de sardinas.

Chalén bajó y regresó al momento, con todo lo indicado.

Ricardo tomó la botella, la destapó y puso vasos para servir el licor.

Chombita, poniéndose de pie, dijo:

—No tenemos vasos; pero voy á traer de la cocina cuatro tacitas.

—La acompañaré,—dijole Chalén y la siguió hasta la cocina.

Esta acción audaz de Chalén, de ida y regreso, ejecutada con una velocidad de relámpago, les proporcionó, á entrambos, un apretado abrazo y un apasionado beso.

Servido el licor en las tacitas, el tejedor bebió solo en su taza, hasta dejarla vacía; Ricardo bebió el resto que dejó Chabelita y Alvarado y Chalén, el resto que dejaron las niñas.

Esta primera copa, Ricardo manifestó, que la tomaban en celebración de las relaciones de amistad que acababan de contraer; lo cual mereció la aprobación de todos.

Y enterada la familia, de ser Ricardo, hijo de un comerciante muy rico, Alvarado de un Coronel de ejército y Chalén de un maestro pintor de brocha gorda, libaron la segunda copa, por indicación de Chabelita, á la salud de las familias de los tres jóvenes.

En aquel momento llegó Pablo, y se procedió, sin demora, á la merienda, durante ésta, casi hasta las siete y media de la noche; hora en que se despidieron, ofreciéndoles visitarlas, sin muchos días de demora.

Media hora después, los tres pilletes quedaron instalados en la posada, pagando, adelantada una pensión mensual de veintiocho pesos, cada uno, con tres camas en un solo cuarto, desayuno, almuerzo y merienda.

En los dos primeros meses de su residencia en Portoviejo, la vida de los tres vagabundos se redujo á conocer el terreno que pisaban, tomar informes acerca de los comerciantes más ricos de la ciudad, dormir de día, salir pocas veces juntos, regresar tarde de la noche á la posada y retener en la memoria la fisonomía de los guardianes del orden público.

A la casa del tejedor concurrían con exactitud, los días jueves y domingos por la noche, para jugar baraja y libar algunas copas de mallorca, pero sin excederse, ya porque la embriaguez podía descubrirle á la familia el número de sus mentiras, como aquellas de ser Alvarado hijo de un Coronel y Chalén hijo de un pintor, ya porque no debían darle á maliciar al tejedor sus intenciones, enamorado Ricardo de Chabelita, Alvarado de Gabucha y Chalén de Chombita, de cuyos labios ya había una vez saboreado la miel.

Generalmente, dicese que es el marido el último que llega á saber la conducta criminal de su esposa, cuando ésta ha delinquido; pero, como hasta la fecha, el amor que Chabelita sentía por Ricardo, aun no había hecho realizable el adulterio, y tanto ella como él, disimulaban aquel sentimiento, no había notado el tejedor cosa alguna que lo alarmase.

Además, Suárez le tenía cariño y respeto al joven rico y caballero, y hasta le debía gratitud por haberle facilitado dinero, varias veces, en días de escaseces: días en que carecía hasta de una peseta para darle un caldo á su familia!

Una noche, casi al finalizar el mes de Febrero, reunidos los tres pilletes en el cuarto de la posada, tuvieron la siguiente conversación, en voz sumamente baja:

—Dentro de tres días—dijo Ricardo—se nos cumple el arriendo del cuarto y hay que pagar, adelantada, otra mensualidad.

—Y qué, estás acaso sin dinero?—preguntó-le Alvarado.

—No; todavía tengo unos trescientos pesos; pero he reflexionado que debemos mudarnos.

—Mudarnos, á dónde?—preguntó Chalén.

—A la casa de la *bruja*, aquella que vimos en el camino.

—Bah! Esa casa no tiene cuartos.

—Y si la ocupamos los tres, nos hacemos sospechosos.

Ricardo se sonrió de un modo extraño.

—Allí viviremos un día y después en la casa de Suárez,

—De Suárez?.....

—Sí, de Suárez; yo, con mi adorada Chabelita, tú con tu amada Gabucha, y tú, con tu idolatrada Chombita.

—Oh!—dijo Chalén.—Porque aquello se realizase, sería yo capaz de cometer cualquier disparate!

—Yo digo lo mismo; porque quiero mucho á Gabucha.

—Para realizar este proyecto, tengo un plan.

—Cuál?—preguntó-le Alvarado.

—Mandar á Suárez á la tierra de los calvos!

—Bah! De allí puede regresarse,—dijo Chalén.

—Calla, tonto,—le replicó Alvarado—la tierra de los calvos es el panteón!

—Compañeros.—añadió Ricardo—para ser dueños de las mujeres que amamos, hay que matar á Suárez.

—Apruebo tu proyecto, y estrenaré bien mi

cuchillo, para que vean que poco me importa estar manco!

—Yo estrenaré el mío.

—Tu cuchillo, no, Chalén; tú estrenarás tu escopeta; no acabo de decirles que tengo un plan?

—Dilo, dilo, pronto, caramba, díjole Alvarado, sacando su cuchillo y blandiéndolo en el aire—si ya me parece que me lo estoy almorzando de una cuchillada!

Ricardo se sonrió y dijo:

—Mañana, á las cuatro, antes que el día aclare, salimos de aquí con dirección á la casa de la *bruja*, llevando fiambre y vino y además la barreta y la lampa que tiene en el patio el dueño de esta posada. A un costado de la casa de la *bruja*, preparamos la sepultura de Suárez, á quien estoy muy seguro de conducirlo, con engaño, á aquel sitio á las cinco de la tarde. A esta hora llegaré yo con Suárez hasta el pie de la casa; Alvarado estará acostado en el piso, ocultándose debajo de un poco de ramas hojosas de árboles; y tú, de pie, negándote bajar, pero con tu escopeta lista en el suelo para disparar, cuando veas que Suárez, al subir á cogerte, te presenta de frente medio cuerpo. Si no muere del escopetazo, lo ultimaremos con nuestros puñales. Qué les parece mi plan?

—Magnífico; que lo aprobamos!

—Y como lo tenían acordado, salieron á las cuatro y llegaron á las cinco á la casa de la *bruja*. Aquí, tras de un descanso de una hora y otra de trabajo, hacia el costado izquierdo de la casa hicieron un hueco de dos y media varas de profundidad; y para que no notasen, ni el hueco ni el rimero de tierra que habían sacado, los ocultaron debajo de sus ponchos.

Siguiendo el tiempo su marcha, sin interrupción, minuto tras minuto, el reloj de Ricardo señaló las dos de la tarde, y en aquel momento tomó el camino para detenerse en la casa de Suárez, no empleando más de una hora.

—Buenas tardes; cómo están todas?

—Estamos buenas;—contestaron las tres mujeres.

—Y usted, qué tal, amigo Suárez?

—También estoy bueno, y qué milagro, usted por aquí, á esta hora?

—Vengo por usted para que me haga un gran favor.

—Con mucho gusto; diga lo que desea.

—Póngase su sombrero y véngase conmigo.

Mientras Suárez tomaba su sombrero, Ricardo le dijo á la familia:

—Vamos á dar un paseo; pronto regresamos; hasta luego!

Ricardo á medida que caminában, díjole:

—El favor que reclamo de usted es el siguiente. Hace dos días, que el muchacho Chalén, que me dió mi padre para que me acompañase, se me ha huído, robándome ciento veinte pesos!

—De veras?... Y parecía tan formalito! Y su otro amigo, Alvarado?

—Le dejé en el cuarto, y él es quien me ha dado la noticia del sitio en que está Chalén.

—Y por qué no lo ha cogido?

—Porque él es manco y con una sola mano, no puede con Chalén.

—Y en qué sitio está el muchacho?

—Aquí cerca, en la casa que llaman de la bruja. Conoce usted ese sitio?

—Sí; de aquí habrá una hora escasa de camino.

—Pues ese es el favor que le pido; que me ayude á cogerlo.

—Con mucho gusto, amigo; usted sabe que le debo favores y le estoy agradecido.

—Bah! No hablemos de eso; cuando tenga necesidad de plata, pídamela, que también tengo gusto en servirlo.

Y así, unas veces hablando sobre el mismo asunto, y otras sobre cosas distintas, casi cerca de las cinco llegaron hasta colocarse á diez pasos de distancia.

Alvarado estaba ya acostado, oculto debajo de las ramas, y Chalén, de pie, con los brazos cruzados y la mirada fija en los recién llegados.

—Baja, Chalén, y entrégame el dinero que me has robado.

—No te he robado nada; y de aquí no bajo!

—Baje, joven,—díjole Suárez, con voz suave.

—He dicho que no bajo, caramba!

Ricardo, dirigiéndose á Suárez, díjole:

—Amigo; súbbase, cójalo de una oreja y bájelo!

Suárez se acercó á una de las estacas y comenzó á treparla, hasta colocar su cintura al nivel del piso, restándole sólo alzar una pierna para ponerse en seguida de pie.

En aquel instante, Chalén, rápidamente cogió su escopeta, que ya tenía el gatillo levantado, apuntóle al pecho y disparó.

Suárez cerró los ojos, abrió los brazos y cayó de espaldas.

Alvarado, al oír la detonación, dió un salto, se descolgó de la casa, sacó su cuchillo y se acercó al herido.

Ricardo, también sacó su puñal y se colocó junto á Alvarado.

Uno y otro pensaron ultimarle, de una puñalada; pero, en ese momento, Suárez abrió los ojos, vió á los dos malvados, y con voz agonizante, exclamó:

—¡Asesinos!

Y espiró.

Chalén, que ya había bajado, se acercó á Suárez y dijo:

—Está muerto; lo mandamos á la tierra de los calvos! Guarden sus puñales y enterremos el muerto, pronto, antes que nos coja la noche.

Así lo hicieron, y en menos de tres cuartos de hora quedó enterrado el cadáver, sin dejar señal, de que allí, en aquel sitio, quedaba sepultado aquel hombre honrado y bueno, víctima de traidora amistad!

El reloj de Ricardo marcaba las ocho de la noche, cuando regresaron á la posada, y media hora después se dirigieron á la casa de Suárez, llevando dos bótellas de mallorca y el propósito de dormir en la casa, como dueños, ó mejor dicho, *queridos* de Chabelita y sus dos hijas.

—Buenas noches;—dijeron todos, saludando y tomandó asiento.

—Joven Ricardo; qué es de mi marido?.....

—Oh! Mi amiga; Suárez está en la ciudad; dentro de un momento vendrá, con varias cosas que le he encargado para ustedes.

—Qué cosas?—preguntaron las jóvenes.

—Ya las verán, cuando regrese su papá. A ver, niña Gabucha, traiga tacitas.

Gabucha trajo las tazas y comenzaron las libaciones, unas tras de otras, hasta ver que estaban ya dormidas por los efectos del alcohol y las excitaciones producidas por sus repetidos, apasionados besos.

Todavía, en la primera hora de aquel nocturno drama, dos ó tres veces le preguntó Chabelita á Ricardo por su marido; y aquél evadía la respuesta, haciéndole beber malloca y dándole más y más besos apasionados, que, á decir verdad, la enloquecían más que el licor.

Así transcurrió una hora más y ya á las once, Ricardo dijo:

—Compañeros, es tarde y á dormir se ha dicho.

Y los tres pilletes, cada uno con su amada, penetraron en el dormitorio, para tornar á la sala al siguiente día á las seis de la mañana.

El cinismo de los tres malvados, la fragilidad de la especie humana, caracterizada en el sexo femenino; el desconocimiento del honor, del deber y de las virtudes de aquellas dos jóvenes, vegetando en la tierra, como plantas parásitas, sin cultivo, esto es, sin el riego de la educación; y el amor de la campecina esposa, vuelto febril y consagrado á un joven como Ricardo, elegante, rico y sobre todo hipócrita, contribuyeron, desde aquella noche, á la aceptación de la vida de los dos jóvenes en concubinato con Alvarado y Chalén, y á las relaciones adúlteras de Chabelita con Ricardo!

Además, este cambio de vida en la familia, quedó colmado, para el presente y el futuro de los goces de las tres mujeres, con las mejoras de construcción hechas á la casa, esto es, balcón, paredes y puertas, muebles de sala, dormitorio y comedor, proveído éste de vasos, fuentes, platos y otras menudencias; baterla de cocina; tres haules nuevos, con ropa interior y exterior para cada una; y varias joyas, no valiosas, pero sí de oro.

También contribuía á la aceptación de éste modo de vivir, la seguridad de la larga ausencia del tejedor, con que Ricardo las engañaba, pues habiéndolo mandado á Guayaquil, con cartas para su padre, pidiéndole dinero, Suárez había sido tomado allí por una comisión de tropa que lo condujo á un cuartel, donde le pusieron la gorra de soldado y de donde pasó á ser asistente del General Juan José Flores, y de cuyo empleo, sólo podía ser dado de baja, al terminar su período presidencial aquel General.

Así, la respuesta de Chabelita, á las personas que le preguntaban por su marido era aquella, esto es, que estaba en Guayaquil.

La vida, pues, se deslizaba para los tres malvados y sus mancebas, á su modo de sentir y de pensar, llena de encantos y de abundancias, teniendo, aquellos, sus bolsillos repletos de oro, con los dos golpes maestros que habían dado: Ricardo, robándole noventa onzas de oro al comerciante Ignacio Reyes, y Chalén y Alvarado, otras sesenta onzas al comerciante Zenón Zambrano.

Y así llegó para las jóvenes el mes de Diciembre, en que, con diferencia de dos días, Gabucha y Chombita dieron á luz un robusto muchacho, que fueron luego bautizados con los nombres de sus padres, Mateo y Anselmo, y apadrinados por Ricardo y la abuela Chabelita.

Ahora, bien; dejando á un lado la novela y ateniéndonos á la historia y á la filosofía, nos preguntamos y nos respondemos:

—Merecen compasión, aquellos tres malvados?

—Sí! Porque los tres robos y el asesinato que habían ejecutado, en temprana edad, desde

su fuga hasta la finalización del año de 1841, comenzó á colocarlos en el número de los seres más desgraciados de la especie humana, esto es, de las *celebridades malditas!*



El hombre de la capa negra.

Llegó el posta de Guayaquil á Portoviejo el día cuatro á las dos de la tarde; y el Comisario, después que hubo leído el exhorto y la carta de Don Juan, no sólo su amigo sino también su acreedor, no demoró más de media hora en regresar el posta, contestándole al Comisario de Guayaquil, que sin pérdida de tiempo iba á comenzar á practicar las diligencias requeridas para la captura y remisión de Alvarado y Chalén, y la detención de Ricardo, para entregárselo á su padre, cuando lo reclamase.

Despachado el posta, comenzó á pasearse, del uno al otro extremo de su oficina, dándole trabajo á su pensamiento para hacer efectiva la captura de los tres jóvenes, cuya mala conducta explicada en el exhorto, le hizo recordar los dos robos, ruidosos, que hacía poco tiempo se habían verificado en Portoviejo, uno de noventa onzas de oro, al comerciante Zambrano; y bien pudieran tener complicidad los tres bribones.

Al fin, después de media hora de paseo, y ya con un plan combinado en su memoria, tomó su sombrero y se dirigió á la casa posada de su compadre José Terán donde habían vivido los jóvenes; y el compadre, como era de esperarse, no hizo otra cosa que repetirle lo que ya no ignoraba por medio del exhorto y de la carta de Don Juan, quien, seguramente debía llegar á Portoviejo al día siguiente.

Era el Comisario de Policía de Portoviejo, persona habilísima para el desempeño del empleo

que ejercía, sagaz, activo y valiente, acompañándole, á esta última cualidad moral, las físicas que anotamos: estatura de gigante, grueso el busto, piernas y brazos bien musculados; ojos, barba cerrada y cabellos negros. Su aspecto era de cuarenta años de edad, y la expresión de su fisonomía, cariñosa para su familia y sus amigos, y terrible y pavorosa para los pícaros, en los momentos que ejercía las funciones de su cargo. Se llamaba Antonio Mejía.

Ya á las seis y media de la tarde, tomó diez hombres de la tropa del cuartel y les previno que alistasen tres cordeles y dos faroles, pues se trataba de capturar, llegada la noche, á tres pilletes, prófugos de Guayaquil, huídos de sus casas y reclamados por su familia.

—Señor Comisario;—díjole uno de los soldados—tanta gente para sólo tres pilletes?

Ah! Es que esos tres pilletes están armados; cada uno tiene su escopeta, y tal vez un puñal. Son pájaros de cuenta; y hasta me propongo darles un sustazo, haciéndoles creer que voy á fusilarlos. El miedo, en algunas personas, es un vomitivo que las hace arrojar, no las tripas, pero sí verdades de gran tamaño.

Así, con la noche bastante oscura, el Comisario y la escolta se dirigieron á la casa del tejedor, y con el mejor silencio, llegaron, hasta colocarse inmediatamente á la puerta del cercado, que estaba cerrada, pero sin la tranca.

Desde allí, por un boquete, el Comisario vió en la sala, que estaba alumbrada, á los tres jóvenes, las tres mujeres, de la familia y otra mujer más, que ejercía, á la vez, las funciones de cocinera y muchacha de mano.

—Todos están reunidos;—dijo el Comisario.

en voz baja—y vamos á entrar de golpe; pero antes, enciendan los faroles.

—Ya están;—dijeron dos soldados.

—Bueno; ustedes dos, con sus faroles y dos soldados más; se quedan al pie de la casa, y ustedes seis suben conmigo.

Dadas estas órdenes, abrieron la puerta y penetraron en el patio; y como no pudieron impedir el ruido y al mismo tiempo, ladraron fuertemente los perros, las siete personas que estaban arriba, se asomaron, y al ver la escolta, los tres pilletes, rápidamente entraron al dormitorio, tomaron sus puñales y sus sombreros y salieron nuevamente para tomar la puerta de la sala y fugar por la azotea. Pero el Comisario y los seis soldados, estaban ya en la puerta de la sala, cerrándoles el paso.

Imposible la fuga, retrocedieron de espaldas, hasta tocar la pared, pálidos, temblorosos, y terriblemente impresionados por la imponente figura del Comisario, que con su espada desenvainada y feroz la mirada, puesta en ellos, les parecía que ya, pronto, los iba á mandar á los infiernos!

Esta escena, de suyo dramática, por las causas que la matizaban, puede muy bien semejar-se á aquellas que más de una vez nos han descrito en sus obras Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Zola y Fernández y González; tal era la actitud de las catorce personas allí reunidas.

Todas las miradas estaban fijas en el Comisario; y Chabelita, de pie, junto al balcón, parecía clavada en aquel sitio; las dos jóvenes, sentadas en el suelo carecían de fuerzas para ponerse de pie; la criada, junto á Chabelita, también estaba de pie; los tres pilletes, como ya hemos di-

cho, arrimados á la pared; y los soldados, á derecha é izquierda del jefe, esperando sus órdenes para ejecutarlas.

El Comisario, tras de un minuto de silencio y con su mirada fija, más en Ricardo que en sus compañeros, dió un paso hacia adelante, levantó la espada, hasta colocar la punta en el pecho de aquél y díjole:

—Miserable, dame tu puñal!

Ricardo le entregó su puñal.

La misma operación, amenazadora, hizo con Alvarado y Chalén, y los tres quedaron desarmados.

—A ver;—añadió, dirigiéndose á los soldados—amárrenlos á los tres.

En menos de dos minutos, quedaron atados de manos, con los brazos colocados á sus espaldas.

El Comisario, dirigiéndoss á cada uno de ellos, díjole:

—Sé que te llamas Alvarado, pero que la mano no te impide ser un bribón! Sé que te llamas Chalén, pero ahora te llamas bandido! Y tú cómo te llamas?

Ricardo Mayer.

—Mientes! Tú te llamas canalla, porque Ricardo Mayer se ahogó en el río de Guayaquil, bañándose en el puerto de la Merced. Vaya! Vaya! Estoy enterado de todas las picardías y crímenes que ustedes tres han mometido, desde que se fugaron de Guayaquil! Pero Dios está cansado de tanta infamia y todo el mundo vá á decirme que he hecho muy bien en fusilarlos! Ustedes son los autores de.....

El Comisario iba á decir, de los robos que se habían ejecutado hacía poco tiempo; pero Cha-

lén no lo dejó continuar, poniéndose de rodillas y exclamando:

—Por Dios, señor Comisario, no me *afusile*, yo no fuí; fué Ricardo y el manco los que mataron á Suárez!

Chabelita al oír la declaración de Chalén, se desmayó, y Gabucha y Chombita prorrumpieron en amargo llanto!

—Es falso, muy falso, lo que dices, Chalén;—replicó Alvarado—tú fuiste el que lo mataste con tu escopeta.

—Cierto;—repuso Ricardo.

—Ah! Ya recuerdo,—dijo el Comisario—que cada uno de ustedes tiene escopeta; á dónde están?

—Aquí, en el dormitorio.

—A ver tú, muchacha, trae aquellas armas.

La criada, trajo las tres escopetas.

—Soldados; apodérense de esas armas.

Y después de una ligera pausa añadió:

—No teniendo ya nada que hacer aquí, podemos retirarnos.

Desde la casa del tejedor, hasta la cárcel, no demoraron más de un cuarto de hora, y allí quedaron encerrados, cada uno en un calabozo, de donde salieron sólo una vez, tarde de la noche, para volver á entrar, dadas sus respectivas declaraciones, y quedando así constancia del robo de las escopetas, del dinero robado á su padre por Ricardo, la falsa muerte de éste, la fuga, el asesinato y los dos últimos robos á Reyes y á Zambrano.

Terminado el sumario, después de las tres de la noche, el Comisario no durmió más de dos horas; y á las seis de la mañana, estando ya en su

Despacho, se le presentó el señor Mayer que acababa de llegar de Manta, con un guía.

—Cuánto gusto tengo de verlo, amigo Mejía.

—Oh! Mi querido amigo, Don Juan; yo también tengo mucho gusto de verlo, sólo me apena, que nuestra entrevista esté motivada, primeramente por una causa dolorosa y luego por otra muy terrible, que le hará á usted sufrir mucho y á mí me pone en el caso de sacrificar mi honor á la amistad.

—No entiendo lo que me dice, amigo; me está usted asustando: qué ocurre de nuevo?

El Comisario, antes de responderle, sacó del cajón de su mesa el sumario y ofreciéndole una silla, díjole:

—Siéntese y lea esto.

Don Juan, á medida que leía, palidecía más y más y al terminar la lectura, soltó el sumario al suelo, se puso de pie, levantó sus manos enlazadas hasta la altura de su rostro, miró hacia arriba, con el pensamiento puesto en el cielo y exclamó:

—Dios mío! Qué cosa tan horrible! Mi hijo, ladrón y asesino!

Y se sentó á llorar!

El Comisario levantó del suelo el sumario, lo puso sobre su mesa y dijo:

—Llore, llóre usted, amigo mío; las lágrimas suelen evitarle mayores tormentos al corazón!

Después de un rato de mudo silencio, en uno y otro, preguntó Don Juan:

—Está mi hijo en la cárcel?

—Allí estuvo, hasta que prestó su declaración. Ahora lo tengo en mi casa, encerrado en un cuarto, no olvidándome que usted debía llegar y reclamármelo para llevarlo á Guayaquil.

—Gracias, amigo mío; vengo por él, es ver-

dad; pero no para llevarlo á Guayaquil, sino para embarcarlo en el buque de guerra que nos espera en el puerto de Manta.

Y comunicóle á su amigo, la oportuna llegada de la corbeta *Marsella*, cuyo Comandante era su tío y estaba convenido aceptar á Ricardo de grumete.

—A qué hora quiere usted salir, con su hijo, para Manta?

—Ah! Tal como se ha presentado ahora este asunto, deseo conducirlo, pero sin que él sepa que soy su compañero de viaje.

—Oh! Todo puede arreglarse, amigo mío, al colmo de su deseo.

—Cómo así?

—Su hijo saldrá, desde mi casa, á caballo, custodiado por dos soldados, y luego usted y su guía, seguirán sus huellas, á una distancia, no más, de cuarenta metros.

—A esa distancia, si mi hijo vuelve la cara, me conocerá.

—Lo conocería, si usted no estuviese disfrazado.

—Disfrazado?.....

—Aguarde usted;—y sacó de un baúl, que tenía en un rincón, una gorra de oficial de marina, un par de anteojos ahumados, una capa negra de paño, y peluca, barba y guantes del mismo color.

—A ver;—añadió—como usted tiene muy rubias las cejas y los bigotes, voy á teñírselas con cosmético negro.

Sacó el cosmético del mismo baúl y en cosa de un momento, quedaron teñidas, cejas y bigotes.

—Ahora, disfrácese, mírese en aquel espejo y dígame si usted mismo se conoce.

Don Juan, disfrazado y embozado con la capa negra, se miró al espejo.

—Esto es admirable;—dijo, desembozándose—usted se disfraza así, alguna vez?

—No una, sino muchas veces, cuando lo requiere el ejercicio de mi empleo.

—Pues bien, mi amigo; me quedo así de una vez para ponerme en camino. Me urge llegar temprano á Manta.

El Comisario hizo un pequeño paquete con el sombrero de su amigo, el cosmético y el sumario y se lo entregó, diciéndole:

—Esto le pertenece á usted. Ahora, se queda usted aquí, esperándome, mientras despacho á su hijo con los soldados, recomendándoles entregarlo á usted, cuando lo reclame.

Al verse solo, sacó de su bolsillo un pagaré, firmado por su amigo Antonio Mejía, constando deberle la suma de dos mil pesos, en dinero efectivo, con plazo de seis meses y próximamente á vencerse el 14 de Abril.

Y tomó la pluma y canceló el documento, dejándolo oculto dentro de la carpeta que el Comisario tenía sobre su mesa.

Transcurrida una hora, regresó el Comisario y díjole:

—Podemos marcharnos, abajo está el guía con su caballo, el de usted y el mío.

—Viene usted con nosotros, hasta Manta?

—No; lo acompaño á usted, media legua, no más.

Bajaron y emprendieron la marcha, consiguiendo, á poco rato, colocarse á cuarenta metros de distancia de Ricardo y los soldados.

De repente, al sonido de una pitada, que dió el Comisario, los soldados se detuvieron, miran-

do hacia atrás. Ricardo hizo lo mismo, y al ver al hombre de la capa negra, que se quedaba con el guía, mientras el Comisario avanzaba hacia donde él estaba, sintió en su interior, algo así, como una inquietud, mortificante, que lo hizo palidecer.

—No hay novedad?—preguntóle á los soldados.

—Ninguna, señor.

—Y usted, desea algo joven?

—Sí señor, quisiera que me diga usted, quién es aquel hombre de la capa negra?

—Ah! Ese es un oficial de marina!

Y le volvió la espalda, regresando hasta donde estaba su amigo, quien al despedirse, díjole:

—Dentro de la carpeta que tiene usted sobre su mesa, le dejo una nota con varios encargos.

A las seis de la tarde que llegaron á Manta, ya los esperaba en el puerto, un bote de la corbeta, con seis bogas y el oficial, ya conocido de Don Juan.

El oficial, al ver al embozado, que le hizo una seña, llamándolo, saltó del bote y se le acercó, pudiendo así Don Juan decirle, en voz baja, quién era y la razón que tenía para llegar á bordo, sin que Ricardo supiese quién era el hombre de la capa negra.

Sentado Ricardo en la proa, detrás de los bogas, Don Juan y el oficial en la popa, el bote no demoró más de quince minutos en llegar á la escala de la corbeta.

Ricardo, tanto en el bote, como en la cubierta del buque, no apartaba sus ojos del embozado, picado de curiosidad, deseando cada vez más saber quién era el hombre de la capa negra.

El oficial y el embozado penetraron á la cámara del Comandante; y de ésta salió á poco rato el oficial, llamó á otro de menor graduación y díjole:

—El Comandante dispone que este joven, permanezca á bordo, en clase de grumete?

Ricardo se acreó al oficial, que trasmitía la orden, y preguntóle:

—Quiere usted decirme, quién es el hombre de la capa negra?

—Un oficial de marina,—contestóle y le volvió la espalda.

Don Juan, cuando estuvo solo con su tío, en la cámara, le dió á leer el sumario; y mentiríamos si dijésemos que no se abrazaron y lloraron ante la realidad de aquella desgracia que alcanzaba á toda la familia y estaba sellada por la fatalidad!

La corbeta salió del puerto de Manta á las ocho de la noche y al día siguiente á las dos de la tarde llegó á la isla de Puná; echó el bote al agua y se embarcó Don Juan, para quedarse en tierra y de allí seguir á Guayaquil, como estaba convenido.

El Comandante, asomado al portalón y sobre los empalmetados, varios oficiales y marineros y el grumete Ricardo, miraban atentamente al hombre de la capa negra, que, en vez de sentarse, permanecía de pie.

—Amigo;—díjole, en voz alta, el Comandante, señalándole á la vez, con un dedo, á Ricardo —ese grumete, desea saber quién es el hombre de la capa negra!

Don Juan, por toda respuesta, se desembozó, se quitó el disfraz y se cruzó de brazos.

—Mi padre!—exclamó Ricardo, retirándose

del empalletado.....y dirigiéndose á prisa al sollado de los marineros.

A las tres de la tarde, la corbeta navegaba hacia el golfo, para de allí seguir viaje con rumbo á Panamá.

Al día siguiente, á la misma hora, esto es, á las tres de la tarde, Don Juan ponía los pies en su casa, y después de saludar á su esposa, cariñosamente, la puso al corriente del viaje de su hijo en la corbeta, pero ocultándole el nuevo robo y el asesinato!

El sumario, relativo á estos crímenes, lo redujo á cenizas, á bordo, después que lo hubo leído su tío.

El Comisario de Portoviejo, al llegar á su oficina, abrió su carpeta y no fué poco su regocijo, al ver en vez de una lista de encargos, la generosa acción de su amigo, regalándole dos mil pesos, con la cancelación del pagaré.

Aquel mismo día, por la noche, Alvarado y Chalén fueron remitidos á Guayaquil, escoltados por seis soldados y un sargento; pero los dos pilletes no llegaron á Guayaquil; pues en Petrillo lograron escaparse, dejando así burlados á los soldados, y, seguramente, aplazada la acción de la ley.

Alvarado y Chalén, tomaron el camino que los condujo á Daule; y unas veces en este pueblo y otras en Santa Lucía ó el Balsar, residieron largo tiempo, perfeccionándose en sus oficios; y no es difícil que volvamos á ocuparnos, de uno y otro, en capítulos de esta novela.

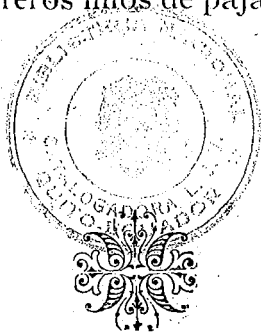
La escolta burlada, regresó á Portoviejo.

También diremos aquí, para evitarnos un epílogo, que la familia del tejedor, temerosa de que el Comisario registrase al día siguiente la ca-

sa, esa misma noche de la prisión de los tres jóvenes, Chabelita encontró en su baúl, veinte pesos en moneda de plata y el cinturón hueco de Ricardo, conteniendo diez y seis onzas de oro; Gabucha encontró en su baúl, siete onzas de oro y dos pesos, en monedas de plata; y Chómbita, encontró en el suyo, oncé onzas de oro y tres pesos en pesetas.

Todo este dinero lo ocultaron, en sitio difícil de hallarlo, caso de ser registrada la casa; cosa que no sucedió y les dió tiempo, un mes después, para venderle la casa, con todos sus enseres, á un pariente, por la suma de ochenta pesos, pero reservándose los baúles, los colchones y una hamaca, para establecerse en Montecristi, como lo ejecutaron, alquilando una casita.

Allí, después de algún tiempo, faltas de recursos, dedicáronse á su antiguo oficio, de tejedoras de sombreros finos de paja toquilla. ☞



La fiebre amarilla

Elena se asomó al balcón de su casa y llamó á su amiga Margarita.

—Qué dices, comadre?

—Deja á Julia con su papá, ponte el pañolón y ven, que tenemos que hablar.

Margarita dejó á la niña con su padre y pasó á la casa vecina.

Las dos amigas se sentaron, ocupando una sola hámaca.

—Le he contado á Juan, la última desgraciada acción de tu marido, arruinándote, hasta dejarte en las tablas! Te vendió la hacienda y los esclavos, jugó el único dinero y lo perdió, y ahora ha hecho lo mismo con tus alhajas!....

—Ay! No lo siento por mí, Elena; y lo siento por mi hija, que sufrirá mucho, el día que llegue á la edad en que las jóvenes desean tantas cosas gratas y bellas, para adornar sus cabellos y para hacer lucir sus airosos cuerpos!

—Pues, mira, comadre; para eso es que te he llamado; para decirte, en secreto, sin que lo llegue á saber Diego, que Juan me ha leído su testamento y dota á tu hija Julia, con la suma de seis mil pesos, para que le sean entregados el día de su boda, y si es que no se casa, cuando cumpla su mayor edad.

—Gracias, comadre; á tí y á Don Juan se las doy desde ahora, por mí y por Julia; pero, me parece aquello, mucha plata!

—No lo creas, en su testamento declara, que nombra á Don Juan Rodríguez Coello, albacea

de sus bienes, y que posee la suma de ciento cincuenta mil pesos; setenta mil para mí, setenta mil para Ricardo, seis mil para Julia y cuatro mil, en beneficio del Hospital de San Juan de Dios.

—Va Don Juan á emprender algún viaje?

—No.

—Entónces, por qué ha hecho su testamento?

—Porque, desde que se fué Ricardo, dice que le persigue la idea de una muerte repentina!

—Ay! Quiera Dios que no suceda tal cosa!

Esta conversación, íntima, de las dos amigas, tuvo lugar el 30 de Agosto, y al siguiente día, por la tarde, llegó al puerto la goleta *Reina Victoria*, portadora de la *fiebre amarilla*.

Esta enfermedad, se propagó con tanta rapidez por toda la ciudad, causando tan considerable número de víctimas, sin distinción de clases sociales, que hubo de declarársela *peste asoladora*, y poner en actividad, cuanto del esfuerzo humano era posible, para extinguirla ó alejarla.

Y fué tan grande el horror que causó la epidemia, que esto mismo motivó su crecido número de víctimas, pues, todo el mundo huía de la ciudad, negábase la gente á prestar asistencia á los enfermos y hasta muchos médicos, se ausentaron, temerosos del contagio!

Ocasión fué esta para que el Ilustrísimo Obispo, Doctor Francisco Javier de Garaicoa y Don Vicente Rocafuerte, ex-presidente de la República, pusieran más de manifiesto sus nobilísimos sentimientos humanitarios, atendiendo, socorriendo y auxiliando, personalmente, á no poco número de apestados, muchos de los cuales con-

siguieron conservar la vida, á los efectos de tan sublime abnegación y de las medicinas obsequiadas por los filántropos farmacéuticos Don Antonio Reyre y Don Cayetano Gallegos de Luna.

Entre las tres personas notables de la culta sociedad, las primeras víctimas de la *fiebre amarilla*, el 1.º de Octubre de 1842, fueron el holandés Juan Mayer, el español Diego Fajardo y el ilustre prócer Luis Fernando Vivero.

Muerto Don Diego, Margarita y su hija Julia, niña de siete años de edad, no contaban con más recursos para su sustento, que aquel que les producía el arriendo mensual de cuatro tiendas, esto es setenta pesos.

Muerto Don Juan Mayer y ausente Ricardo, Elena le dejó recomendada su fortuna y la de su hijo al albacea; consiguió que Margarita se encargase del cuidado de su casa, pudiendo disponer del producto de arrendamiento, como cosa propia; y con sus esclavos, Nicolás, Jacinto, Lucía y Carmen, emprendió viaje á Lima, hospedándose en la casa de sus ancianos padres, á la sazón acompañados por una de sus hijas, viuda y sin sucesión.



XI

El ahorcado!

En los primeros días del mes de Abril de 1847, la corbeta *Marsella* llegó al puerto del Callao, con su mismo Comandante, Andrés Bourget y su misma tripulación, conservándose Ricardo, no de grumete, sino de marinero: ascenso obtenido el segundo año de su instalación á bordo.

Terminada la visita oficial de las autoridades marítimas y terrestres, el Comandante llamó á Ricardo á su cámara y díjole:

—Cuántos años hacen que estás á bordo?

—Cinco años.

—Y qué edad tenías cuando te acepté de tripulante?

—Diez y seis años.

—Bien; muy bien; sumados unos con otros los años, tienes veintiuno, demostrando que has llegado á tu mayor edad.

—Exacto.

—Bien, muy bien; durante estos cinco años, qué noticias has tenido de tu familia?

—Ninguna, como usted debe suponerlo, no habiéndoseme permitido poner los pies en tierra ni leer periódicos, ni escribir cartas, y exigídoseme trabajo fuerte y vida de presidiario!

—Bien, muy bien; el presidio es preferible al patíbulo! Pero, en compensación, voy á darte ahora, gratas noticias.

—Gratas?

—Sí; tu padre murió, seis meses después de haberte embarcado en la corbeta.

—Y á esto llama usted, noticia grata?

—Para tí, que no has amado á tus padres y sí causádoles penas muy grandes, seguramente la noticia es grata, pues heredas la mitad de su fortuna; la otra mitad, le corresponde á tu madre. Tu madre no está en Guayaquil; reside en Lima, en la casa de tus abuelos.....Es verdad que son gratas estas noticias?

—Sí señor; dígame usted ahora lo que debo hacer.

—Bah! Lo que debes hacer! Eso no es de mi incumbencia. Tu mayoría de edad, te hace hombre libre. Vete!

Por la tarde, Ricardo estaba ya en Lima, en casa de sus abuelos, á cada momento acariciado por Elena, madre amorosa, que ignoraba el nombre de asesino, que le dió el tejedor Suárez, al espirar!

Libre y rico, dejó á su madre en Lima, emprendió viaje á Guayaquil, recibió su herencia y la de su madre, con poder legal que ésta le había otorgado y con sólo tres meses de ausencia, regresó á Lima, en cuya ciudad, el mismo año fallecieron sus abuelos y al siguiente, su madre, quedando así, dueño de toda la fortuna dejada por su padre.

La casa de Guayaquil, quedó siempre al cuidado de Margárita, respetando Ricardo, por algunos años, aquella disposición de su madre.

El tiempo en su carrera, lenta para unos y veloz para otros, se nos presenta niño, en año nuevo de 1858, indicándonos que, Ricardo Mayer ó *Niñodíos*, llegó á Guayaquil el día 1.º de Enero, con los siguientes objetos en sus bolsillos: dos onzas de oro, dos pesos en moneda de plata,

un manojo de llaves ganzúas, y un puñal de filo cortante, oculto debajo de su vestido.

En sus diez años de residencia en Lima, en el juego y en orgías perdió su herencia, es decir, arrojó á la calle por la ventana, ciento cuarenta mil soles de plata!

Al llegar á Guayaquil se instaló en su casa; y después de un mes, ingresó á la banda de ladrones y asesinos que, desde 1853, capitaneaba el terrible bandido *Míramelaseña*.

Anotado el nombre de Niñodiós, juntamente con los de Chalén, manco Alvarado, Candela, Alacrán, Pedrada, Lechuza, Sarapico y Garrapata, desde aquella fecha, hasta el mes de Octubre, los diez bandidos se repartieron, *legalmente*, seiscientos pesos cada uno, sin que ninguno se atreviese á reclamarle ni un centavo más á su capitán, sin embargo de saber que éste, en el asalto, sin ayuda de vecino, á la caja del señor Rodríguez Coello, en el mes de Agosto, le permitió guardarse en los bolsillos 300 onzas de oro.

Este robo, ejecutado con una audacia sin igual, tenía para el mismo perjudicado, señor Rodríguez Coello, un viso cómico tan marcable, que le producía hilaridad.

El ladrón, después que se embolsó las 300 onzas, redactó y escribió en un pliego de papel el siguiente documento, que dejó visible sobre el escritorio:

“Guayaquil, Agosto 2 de 1858.—Declaro deberle al señor Juan Rodríguez Coello, la cantidad de 300 onzas de oro, tomadas por mí, de los cajones de su escritorio, que se las devolveré dentro de seis siglos: palabra de honor.—*Míramelaseña*.”

Julia acababa de cumplir veintidós años de

edad y ostentaba belleza suprema, candorosidad de arcángel y hermosura de diosa.

El negro color de sus brillantes ojos, grandes y rasgados, revelando ternuras la dulce expresión de su mirada, debajo de sus cejas rubias, color de oro, como el de sus cabellos, dábale más realce á la belleza de su rostro; comparable con acierto, á la imagen de la virgen, dibujada en el cuadro que tenían en la pared.

Niñodiós, extraño á todo sentimiento noble y digno, convenía en que era Julia una de las jóvenes más lindas y graciosas de la culta sociedad del país; pero en vez de inspirarse en un afecto puro y santo, digno de tan bella y virtuosa joven, le daba fuerzas á su pensamiento para que recorriendo el campo de las ilusiones, llegase á este resultado: hacer de Julia una *querida*, conquistándole celebridad de un Don Juan Tenorio, ó por lo menos, de un Don Félix de Montemar.

Personajes de poéticas fantasías, cuyos modelos han producido ercrido número de *celebridades malditas!*

Llegó el día fijado por el General Maldonado para la revolución fracasada, con la muerte del Comandante Darquea, ya conocida del lector, y aquella noche del 4 de Abril, Niñodiós, perdió en el garito, en tres paradas, de cinco pesos cada una, todo el dinero que contenían sus bolsillos; sin que se quedase, ni aun en su casa, una moneda de un real para una taza de café, en fonda de chino, de calidad, no mejor, al *café de tuza* que expendían en la balsa de Olivo.

Pero, al salir del garito, con su bastón de estoque, se detuvo en la primera esquina de la calle del Fangó, al desembocar la del Comercio,

y dando un golpe con su bastón en el piso del portal, dijo, en voz baja:

—Caramba! Estoy sin monis! Pero..... y mi estoque? Vaya! Es preciso que me ayude á conseguir dinero!..... Tate! El rico hacendado, Don Felipe Mariscal, tiene allí, en aquel entre-suelo de la casa de las Benitez, á la moza, la mulata Teresa hija de su mayordomo, y de ahí sale todas las madrugadas para la casa de su esposa. Tiene, pues que pasar indispensablemente, por el *Puente Carrión*, y allí lo esperaré para pedirle un par de pesos, siquiera, y si me los niega..... caramba, lo ensarto con mi estoque!

Este proyecto motivó la presencia de Niñodiós, en el *Puente Carrión*, en momentos en que Miramelaseña estaba oculto detrás de la carreta, en observación, primeramente de la casa del General Villamil y luego de Niñodiós, como ya lo tenemos dicho, en el capítulo III de este libro:

Miramelaseña estaba apasionado de Rosa, sirvienta de la familia del General, y este afectó motivaba los paseos nocturnos del amartelado sujeto.

Al poner sus pies en el puente el señor Mariscal, Niñodiós se le plantó por delante y díjole:

—Ni un paso más, Don Felipe!

—Pero, hombre, Niñodiós, por qué me detienes?

—Porque necesito que me dé usted, un par de pesos.

—En días pasados, te dí diez, y ahora, pides poco; pero la verdad es, que en dinero, no llevo ahora, ni la mitad de un real.

Niñodiós desenvainó su estoque y con acento y ademán amenazadores, díjole:

—Pues, déme su reloj; lo empeñaré ó lo venderé, porque necesito dinero.

En aquel momento, mientras Mariscal desenganchaba del ojal de su chaleco, la leontina, para entregarle el reloj, una mano vigorosa le arrebató con rapidez el estoque á Niñodiós.

Para Mariscal, la aparición del bandido fué la de un ángel, y para Niñodiós, la de un diablo!

Míramelaseña apoyó el estoque en una de sus rodillas, lo partió en dos pedazos, que arrojó al estero, y díjole:

—Niñodiós, el señor Mariscal es persona que yo estimo, tenlo presente para lo sucesivo, vete á dormir! Siga tranquilo para su casa, señor Mariscal. Adiós!

—Adiós, Ramírez, gracias!

Mortificado Niñodiós por lo apremiante de su situación, sin recursos y sin plan de robo ejecutable, ocurriósele que podía vivir, dos ó tres años, holgadamente, con Julia, como esposa ó como amante, pues, aquella había ya recibido los seis mil pesos que le obsequió su padre por testamento.

Con este proyecto, forjado en su imaginación de bandido, el 18 de Agosto se presentó en la casa de su madrina.

—Buenas tardes, madrina!

—Buenas tardes, Ricardo!

—Y tú, qué tal Julia?

—Bien, sin novedad!

—A ver, si recuerdan ustedes qué día es hoy?

—Pues, el santo de tu mamá y por eso fuimos á misa, temprano, á rogarle á Dios por ella!

—Por eso he venido á visitarlas. Qué está cosiendo, madrina?

—Hilvanando esta bandera que ha bordado

Julia, para obsequiársela á mi amigo Clemente Ballén, Comandante de la Bomba *Salamandra*.

—Hola! Julia sabe bordar?... Caramba, y qué bién; este trabajo más parece extranjero que nacional!

—Pero, hombre, cómo has podido figurarte que no sé bordar? Aquí, en Guayaquil, todas las señoritas saben bordar. Las González, las Roca, las Icaza, las Garaicoa, las Vivero, las Ferruzola, las Pérez y Rosa Elvira Renki, bordan primorosamente.

—Ah! Rosa Elvira Renki, esa, cuyo retrato, en un cuadrito, lo tienes en la sala?

—La misma.

—Vamos á la sala; está abierta?... Quiero ver otra vez ese retrato. Me gusta mucho tu amiga!

—La sala está abierta, ven.

Penetraron á la sala, y antes de acercarse al cuadro, díjole:

—Julia; deseaba un momento, como éste, para decirte una cosa.

—Qué cosa?

—Que deseo casarme contigo, porque te amo!

Julia, sorprendida de semejante declaración, palideció, miró al joven fijamente y díjole:

—Bromas de esa clase, no me gustan, Ricardo!

—Bromas? Bah! Lo que acabo de decirte, es la pura verdad.

—Pues te quedas con tus deseos porque yo no me casaré contigo, jamás.

—Será porque tienes novio?

—No tengo novio.

—Pues, entonces, oye, Julia; te doy tres días de plazo para que me contestes, favorablemente.

Si no me aceptas..... por la razón ó la fuerza, serás mi esposa.

La dejó en la sala, se despidió de su madrina y se marchó.

Julia, pálida y llorando, cerró la sala y entró á la habitación.

Margarita al verla, se le acercó y la abrazó.

—Qué tienes, hija mía, por qué lloras?

Julia le contó todo lo que le acaba de decir Ricardo.

—Cálmate, hija de mi alma! Yo arreglaré este asunto, cuando vuelva Ricardo por tu respuesta.

Pero, Ricardo, persuadido de no obtener respuesta favorable, no se presentó en la casa de su madrina, en el plazo que le había fijado á Julia; y como transcurrieron diez días más, sin que Ricardo fuese á verlas, tanto la una como la otra, el último día de aquel mes, muy tranquilamente conversaban, desde sus hamacas, cuando, poco antes de las nueve de la noche se les presentó Miramelaseña.

—Buenas noches, mis niñas. Y usted, tía, qué tal?

—Hola! Manuel; qué ha sido de tu vida? A mediados de Junio, fué la última vez que te acordaste de nosotras.

—Sí, mi amiguita, es verdad; pero he estado en el campo y por eso no he venido. Ahora mismo, sólo un asunto muy grave me trae á la casa.....

—Grave?.....A ver, dílo, dílo;—díjole Margarita.

—Ustedes tienen aquí, cerca de su casa, un enemigo mortal, ladrón, asesino y diablo que se las quiere llevar al infierno!

Inés exclamó:

—Ay! Ave María Santísima! Manuel; no digas esas cosas!

—Ah! Les voy á contar; para eso he venido; para prevenirles; para salvarlas; y á ese diablo, cogerlo, y llevarlo al cuartel para que le pongan, la gorra de soldado.

—Pero qué es lo que ocurre, Manuel, quién es ese diablo?

—Su ahijado Ricardo, mi niña!

—Para salvarnos, de qué?—preguntóle Julia, sintiendo que le palpitaba el corazón de miedo.

—Niñodiós va á venir á las doce de la noche, acompañado del bandido *Candela*, para amordazarlas á todas y luego cargar con la niña Julia, para llevarla en su caballo á una casa que tiene preparada detrás del cerro.

—Ay! Dios mío! Qué horror mamá!

—Y cómo sabes tú, Manuel, este plan tan terrible de Ricardo?

—Porque el bandido que vá á venir con él, me ha puesto al corriente de todo, para que yo las defienda y las salve, impidiendo la ejecución de este crimen!

—Sí, sí, Manuel; defiéndenos; sálvanos!

Míramelaseña sacó su reloj, vió la hora y dijo:

—Faltan cinco minutos para las nueve y media; voy á bajar un momento para regresar con un amigo, que me va á ayudar á coger á Niñodiós. Venga conmigo, tía, para que cierre la puerta del zaguán.

Cerrada la puerta, regresó Míramelaseña con un mulato, de piel no muy oscura, bastante grueso y de alta estatura.

—Éste es, mi niña, el amigo que vá á ayudar á salvarlas; se llama Antonio, pero le dicen

¡Celebidades Malditas! 15

Lechuza, porque ve de noche mejor que de día.

—Gracias Manuel! Tarde ó temprano, Dios recompensa las buenas acciones!

—Dígame amiguita, ustedes duermen con luz?

—Sí: nos alumbramos con mariposa, en un vaso de agua con aceite, sobre la cómoda.

—Entonces, tía Inés, encienda de una vez la mariposa y aliste un trapo para envolver esa guardabrisa, achicando así la luz de esta habitación.

Ya cerca de las once, díjoles:—*Lechuza* tiene listo su cordel y se va á ocultar en la alcoba de mi tía; yo voy á esperar á Niñodiós, sentado en la cama de mi amiguita, debajo del toldo. Ustedes tres se colocan allí, en esa esquina, junto á la hamaquita, pero sin hacer ruido, sin gritar ni llorar para que Niñodiós no se me escape.

—Y por dónde van á entrar, Ricardo y el otro?

—Se pasan por el balcón, abren la puerta de la cuadra y entran.

—Esa puerta, está bien cerrada.

—Oh! Niñodiós sabe zafar una aldaba y levantar un picaporte.

Dadas estas disposiciones, juntaron la puerta y penetraron en el dormitorio, colocándose cada cual en su puesto.

Cerca ya de las doce, el oído atento y fino de Miramelaseña, oyó abrir la puerta de la cuadra y sintió las pisadas de los dos asaltantes.

Niñodiós abrió la mampara de comunicación con el dormitorio y penetró en él, juntamente con Candela, al cual, le dijo, en voz baja:

—Aquella es la cama de mi madrina; acércate.

Y cuando él avanzó un paso más, hacia la

cama de Julia, se sintió rápidamente cogido de las manos y arrojado al suelo, quedando atado y desarmado por Lechuza y Cándela, en menos de dos minutos.

Puesto de pie, el Capitán lo tomó de un brazo y seguidos de los otros pasaron á la otra habitación.

—Aquí está, pues, mi niña, su ahijado! A ver, dí, tú, Cándela, el plan que te propuso éste.

—Me propuso que pasara yo la noche con su madrina, mientras él dormía con una niña que se llama Julia.

—Ya lo oye, mi niña?..... Pues, como le tengo dicho; le voy á hacer poner la gorra de soldado, digo, si es que él no prefiere ahorcarse. Tía Inés; venga conmigo para que cierre el zaguán.

Cuando ya salían, díjole Margarita:

—Ricardo; yo te perdono este crimen; no vuelvas á intentarlo!

Bajaron los cuatro bandidos; cerró el zaguán Inés, y ya nuevamente cerradas todas las puertas, la criada durmió en su cama.

Julia, nerviosa y aun asustada, se acomodó en la cama de su mamá, pero sin poder coger el sueño, pareciéndole que podía regresar Ricardo.

Una hora después, en la casa de Ricardo terminó la última escena de este drama!

Amarrado Niñodiós, de manos, brazos y pies, díjole Miramelaseña:

—Antes de tu bautizo de sangre, hiciste sufrir á tus padres, haciéndoles creer que habías muerto ahogado en el río, y ahogado vas á morir ahora, para que se realicen tus deseos de aquella época.

Cándela y Lechuza, obedeciendo las órdenes de su Capitán, pararon de cabeza á Niñodiós,

atándole el cuerpo en una jamba de la puerta de la cocina; zambulléronle la cabeza dentro de un balde de agua y lo ahogaron, teniéndolo así más de una hora.

Muerto ya, le desataron las ligaduras y le colocó, Miramelaseña, dentro de un bolsillo del pantalón, un papel escrito, preparado para esta operación. En seguida, le ataron una cuerda al pescuezo, con lazo corredizo, para que apareciese ahorcado y dejaron colgado el cadáver, fuera del balcón, hacia la calle, amarrando la cuerda al pie de una columna.

Al día siguiente, desde las seis de la mañana, á las voces de: *el ahorcado!* dadas por algunos transeuntes, muchos de los cuales conocían á Ricardo, comenzó á llenarse de gente la calle, hasta que se presentó el Celador de Policía, Francisco Pino, y por su orden descolgaron el cadáver y lo condujeron en angarillas á la Policía, para de allí hacerlo llevar al cementerio.

Margarita y Julia, noticiadas del suceso por Inés, no quisieron asomarse al balcón para ver aquel espectáculo; pero, conmovidas, rezaron, demandándole á Dios, con ruegos piadosos, la salvación del alma de Ricardo!

Registrada la ropa del cadáver, el Celador Pino encontró el papel preparado por el Capitán de los bandidos y lo leyó, en voz alta:

—*Yo, Niñodiós, declaro que me quito la vida, para superar en celebridad al Pirata del Guayas y á Miramelaseña.*—RICARDO MAYER.

Terminada la lectura, Pino exclamó: —*Vaya! Qué tal terno de celebridades malditas!*



Muerte de Miramelaseña.

A raíz de la muerte del ahorcado Ricardo, joven guayaquileño, arruinado por sus vicios y conocido como único hijo del honrado comerciante holandés, Juan Mayer y de la virtuosa señora Elena Peralta, de la culta sociedad de Lima y de quienes heredó la fortuna de ciento cuarenta mil soles de plata, que arrojó por la ventana á la calle; á raíz de este suceso desgraciado, surgió la agradable noticia de haber ordenado el General Ramón Castilla la *suspensión del bloqueo* de Guayaquil.

Tras de este suceso, siguiéronse otros, de no escasa importancia política, que han quedado consignados en la historia para la perpetuidad de sus recuerdos: la Jefatura Suprema del General Guillermo Franco, proclamado en Guayaquil por sus tropas; el destierro de los Generales Francisco Robles y José María Urvina; la llegada á Guayaquil y desembarque, en Mapasingue, de cinco mil hombres del ejército peruano; y la última entrevista de los Generales Castilla y Franco, á bordo de la fragata *Amazona*, para acordar arreglos de paz definitiva.

También, á fines de Diciembre de 1859, otra noticia sensacional, ocupó la atención de la sociedad de Guayaquil; y fué ésta, la captura de Miramelaseña y toda la banda de ladrones y asesinos que capitaneaba, con excepción de Chalcén que no se dejó amarrar, é intentando escaparse, murió de un balazo, acestándole por un

soldado de la escolta, comandada por el Celador Francisco Pino, autor de la ruidosa captura.

También pretendió escaparse el manco Alvarado, y herido de un balazo en una pierna, cayó y fué amarrado.

Si en aquella época hubiese existido el empleo de Jefe de Pesquisas, á perpetuidad lo hubiera merecido Francisco Pino, como persona irremplazable para aquel empleo; pues Pino, tenía buena talla, era inteligente, sagaz y valiente, y había llegado á ser *cúco* de los pilletes callejeros y *terror* de ladrones y asesinos.

Encarcelados los bandidos, se procedió á continuar los sumarios, archivados, de todos ellos, siendo ésta la quinta ó la sexta vez que se les había echado mano.

De éstos sumarios, seis meses después, se dió por terminado el del manco Alvarado, pues este asesino, para evitarse el patíbulo, se rasgó la herida de su pierna con un clavo, le sobrevino la fiebre, y la gangrena, y murió en la prisión.

Dejando á los jueces en sus faenas de careos, informaciones de testigos y más prescripciones del Código Penal para la conclusión de los sumarios, vamos á ocuparnos de la bellísima Julia Fajardo, cuya feliz futura suerte, comenzó para ella al rayar la grata aurora del 26 de Setiembre de 1860; pues á las seis de la mañana de este día, en momentos en que la brigada de Artillería, disparaba en el malecón, veintiún cañonazos, en celebración del triunfo de las armas obtenido por el ejército provisorio, con la toma de Guayaquil, el vapor inglés *Arequipa*, de la P. S. N. C., fondeaba en el puerto y dos horas después, uno de los pasajeros, de tránsito para Panamá, saltó á tierra, y previos informes que tomó, del

domicilio de Margarita, se dirigió á la casa de ésta.

En el tabladillo, inmediato á la asistencia y á la sala, vió á la criada Inés y preguntóle:

—Está la señora Margarita?

Y antes de que la criada contestase, Margarita y Julia que habían oído los pasos y escuchado la voz del visitante, se presentaron en la puerta de la asistencia.

—Pregunta usted por mí?

—Sí; lee esta tarjeta.

Margarita tomó la tarjeta, y al ver el nombre del joven, exclamó gozosa y abrazándolo:

—Oh! Qué gusto! Jorge Montúfar, mi primo!

Jorge y Julia también se saludaron, con un cariñoso abrazo, y todos pasaron á la sala que acababa de abrir Inés.

—A qué hora has llegado?

—No hace más de dos horas.

—Sigues viaje á Quito, para conocer la patria de nuestros abuelos?

—No; en Lima tomé pasaje directo para Panamá. Voy de pasco á Europa, tocando antes en Nueva York.

—Cómo quedaron de salud tu papá, tu mamá y tu hermana Josefina?

—Perfectamente. Me recomendaron muchas saludes para ustedes. Ah! si ustedes supieran los deseos tan grandes que tienen de conocerlas, y más que papá y mamá, mi hermana Josefina, trigueñita preciosa, de cabellos negros, pues le han dicho que se parece á tí, Julia, á pesar de que tú tienes los cabellos color de oro.

Jorge estaba contento de haberle dicho á Julia que era preciosa, por el parecido que tenía á

su hermana. Acababa de conocerla y se había sentido apasionado de ella, hasta el punto de resolver, en esta primera visita, no seguir viaje á Panamá y quedarse en Guayaquil, hasta obtener de Julia la aceptación de su nombre, como esposo, convencida de la grandeza de su amor.

Esta resolución, también fué tomada, comprendiendo en esta primera visita, que él no le había sido indiferente á Julia, sintiendo ella afecto igual en su corazón.

—Prima, sabes una cosa?

—Qué cosa, Jorge?

—Que no sigo viaje para Panamá, hasta más adelante. Se me ha ocurrido realizar tu pensamiento, esto es, antes de ir á Europa, emprender viaje á Quito para conocer la patria de nuestros abuelos. A propósito de esto, permaneciendo aún la dominación española, á tí, prima, te llamarían Marquesa de Selva Alegre, por ser la única nieta, viviente, de mi tío abuelo Juan Pío Montúfar.

—Ciertamente, á mí me corresponde aquel título nobiliario, por haber muerto, sin sucesión, mi tío Carlos y mi tía Enriqueta y siendo yo la única hija de Rosa, última hija de mi abuelo; pero, te aseguro, que no me agradan las monarquías y mi corazón, republicano, se regocija más, recordando que mi abuelo fué el primer Presidente de la Junta de Gobierno de los patriotas, en 1809, y uno de los primeros próceres de la independencia del Ecuador. Tu abuelo, Pedro Montúfar (1) hermano de Juan Pío, también figuró en primera línea como patriota y su nombre de

(1) Personaje histórico, citado en nuestra novela, *Has bien sin mirar á quien*.

prócer consta en las páginas históricas de esta nación.

—A qué se debe,—preguntóle Julia—que tú hayas nacido en Lima?

—Porque á mi abuelo, no siéndole simpática la nación española, mandó á Lima á mi padre, esto es, á su único hijo Adolfo, para que allí continuase sus estudios, para eclesiástico ó para abogado, carreras ó profesiones más en boga en aquella época; pero, mi padre, prefirió la carrera del comercio, comenzando por vender juguetes para niños en el *Portal de Botoneros*, hasta pocos días antes de casarse con mi madre, Eugenia Corpancho.

—Hermana del poeta Nicolás?

—Sí; aquel es tío mío, afamado literato, abogado y diplomático. Mis padres, al casarse cada uno aportó al matrimonio la suma de doscientos mil soles de plata; y siendo así ricos y habiendo yo coronado mis estudios de abogado y recibido mi título de doctor, mis padres mismos me animaron á verificar este viaje.

—Está bien; pero apruebo tu resolución de conocer primero la ciudad de Quito, tan celebrada de todos los viajeros que la han visitado.

—*Catay* (1) prima, hagamos una cosa; vámonos todos á Quito; de este modo, Julia conoce la capital y tú lo mismo, porque tu papá te trajo muy pequeña á Guayaquil y tal vez ya no te acuerdas de tu tierra.

—Ciertamente, tenía yo seis años de edad cuando vine de Quito, y apenas tengo una idea muy vaga de la casa, de la calle y de la Iglesia donde oíamos misa.

(1) Interección de provincialismo peruano, equivalente al *helé* quiteño y al *helay* de la costa del Ecuador.

—Pues, vámonos, prima!

—Sí, mamá, vamos á Quito, resuélvase!

—No, hija mía; nuestros recursos no nos permiten hacer ese viaje. Jorge irá solo y regresará pronto para que tengamos el gusto de volverlo á ver.

Y comprendiendo el joven que toda insistencia de su parte, sería inútil, preguntóle:

—Cuántos días hay de aquí á Quito?

—Despacio, sin agitarse, seis días y aprisa, cuatro.

—Bueno; quiere decir que se puede ir y regresar, en ocho días.

—Caminando de escotero, sí.

—Bien; entonces, por ahora, voy á bordo á desembarcar mi equipaje, para hacerlo conducir á un hotel. Hay aquí algún hotel?

—Sí; junto á la casa de *Pepe Mateus*, está situado el nuevo *Hotel Francés*, de un señor *Le-grand*. Allí puedes tomar habitación para dormir, pues aquí, con nosotras, almorzarás y merendarás, mientras permanezcas en Guayaquil.

—Gracias; acepto con mucho gusto tu ofrecimiento.

Dos horas después, Jorge estaba instalado en el hotel y por la tarde, á las cuatro, regresó á la casa de su prima, no ignorando la costumbre de comer temprano en el país.

Por la noche, estando de tertulia en la sala, Inés llamó á Margarita para decirle que la lavandera, con la ropa limpia, la esperaba para entregársela, y éste fué el momento que aprovechó Jorge para jurarle á Julia que la amaba con toda su alma y le dijese si lo aceptaba por esposo; y como Julia le contestó que sí lo amaba, que él era su primer amor, quedaron convenidos en ha-

blarle Jorge al día siguiente á su prima, pidiéndole la mano de Julia para casarse á su regreso de Quito, de donde traería arreglada la dispensa del Encargado de la Arquidiócesis, puesto que eran parientes.

Pedida la mano de Julia y aceptado el matrimonio por Margarita, Jorge emprendió viaje á Quito, no demorando más de once días en ir y regresar, con todas las diligencias practicadas para obtener la dispensa.

Antes de realizar el matrimonio, fijado para el 1.º de Noviembre, quedaron convenidos en que Inés, la fiel anciana, que á pesar de ser libre desde 1852, las había acompañado y ambas la querían, como á un miembro de la familia, se quedaría en la casa de la señora Josefa Gainza de Icaza, estimada amiga de Margarita, mientras ésta, Julia y Jorge regresaban de Europa á Guayaquil, después de seis meses, pudiendo en esta fecha recoger á Inés para trasladarse todos á Lima, en cuya ciudad se quedarían, definitivamente.

Realizóse, pues, el matrimonio, el día 1.º de Noviembre, apadrinándolo el caballero Clemente Ballén y la señorita Carmen Caamaño Cornejo, personas amigas y de la culta sociedad, á la cual pertenecían Margarita Ramírez de Fajardo, y su hija Julia.

Dos días después, en el vapor *Quito*, de la Compañía inglesa, Margarita y los novios salieron para Panamá; y seis meses después, regresaron, recogieron á Inés, vendieron la casa y se trasladaron á Lima. Allí, ricos y felices, hasta que la tierra guarde sus restos, los deja el autor de este libro, para terminar este capítulo con la trágica muerte de Miramelase-

ña, dos días antes de ofrecerle al público el espectáculo del patíbulo, á que había sido sentenciado, por sus innumerables robos y asesinatos comprobados.

El día 3 de Noviembre de 1860, á la una de la tarde, esto es, pocas horas después de haber zarpado del puerto el vapor *Quito*, que conducía á Panamá á los recién casados y á Margarita, su *niña* y su *amiguita*, como las llamaba Míramelaseña; este bandido, sentenciado á la pena de muerte y que debía ser fusilado el día cinco de aquel mes; de acuerdo con Candela, limaron sus grillos, salieron de sus calabozos y llegaron á la puerta principal de la cárcel, en momentos en que el centinela les daba la espalda y el oficial de guardia estaba entretenido, en señas amorosas, con una vecina.

Candela, de una puñalada mató al centinela y emprendió la carrera hacia la sabana, logrando escaparse; y Míramelaseña, tomó la dirección de la calle del Comercio pará llegar al Astillero; pero el oficial de guardia, al ver la dirección que aquel había tomado, se montó en el caballo del médico Doctor Ramón Espinosa, que estaba ensillado, delante del zaguán de su casa, contigua á la cárcel, y se lanzó en persecución del bandido, logrando alcanzarlo, cuando éste llegó al puerto de la antigua Capitanía marítima y ya se había embarcado en una canoa, inmediata á una balsa, con botijas de agua dulce, allí amarrada.

Ríndete ó te mato con mi espada—díjole el oficial.

El bandido, en vez de responderle, le tiró una puñalada, pero errando el golpe y dándole cam-

po para que el oficial le atravesase el pecho con su espada.

El bandido, así herido, se arrojó al agua, con la esperanza de salvarse, tomando la opuesta orilla del río, pues nadaba como un pez; pero aquella esperanza, sólo fué producida por su propio aturdimiento. Nadar, así herido, más de una milla, era un absurdo. Sin embargo, comenzó á nadar, pero sintiéndose desfallecer á cada braceada.

El oficial, embarcado en una canoa, con un boga, salió en su persecución y consiguió tomarlo y meterlo dentro de la embarcación, cuando ya parecía que se hundía en el agua.

Al regresar la canoa con el herido y desembarcarlo, colocándolo en el muro del malecón, multitud de personas, aglomeradas, fueron testigos de que acababa de espirar el bandido Miramelaseña!



XIII

Las tres venganzas.

Comenzado el mes de Diciembre de 1859, el General Fernando Ayarza, no sintiéndose bien de salud y estando próxima la estación del invierno, con sus lluvias torrenciales y desarrollo de enfermedades de carácter maligno, como la fiebre amarilla, el paludismo y otras, y al mismo tiempo agobiado por el peso de los años, que bien claramente le aconsejaban vida tranquila en el hogar, se despidió de sus amigos de Guayaquil y se dirigió á Quito, con toda su familia.

Estando allí, rodeado de los suyos, á principios del mes de Marzo de 1860, y á la sazón García Moreno encargado del mando supremo, como Jefe principal del *Gobierno Provisorio*, establecido allí con sus asociados Pacífico Chiriboga y José María Avilés, un Celador de Policía, acompañado de dos jendarmes, se presentó á la una de la tarde á la casa del citado General. Éste, al ver al Celador, preguntóle:

—Qué desea usted?

—De parte de Su Excelencia el señor Presidente, vengo por usted para acompañarlo al Palacio.

—Me necesita para algo el señor García?

—Debe ser así cuando me envía para que lo acompañe á usted.

—Está bien; dígame al señor García, que estoy un poco enfermo, y mi salida á la calle, hoy, perjudica á mi salud!

—Señor General, tengo orden de conducirlo al Palacio, aun cuando esté usted agonizando en su cama.

El General se quitó el saco que tenía puesto, se puso una levita negra de paño, abrochándose todos los botones, se encasquetó el sombrero negro de copa alta y díjole:

—Lo sigo á usted.

Caminaron cuatro cuadras y llegaron al Palacio.

Además de la guardia presidencial, á un costado había una escolta de veinte soldados del batallón *Diez de Agosto*,

El General subió, seguido del Celador, quien deteniéndolo, al llegar al dintel de la puerta, penetró al Despacho y díjole al Presidente:

—Está aquí el señor General Ayarza.

—Que pase adelante.

El General, con su sombrero en la mano, avanzó hasta muy cerca de la mesa del Presidente.

García Moreno, sentado delante de la mesa de su Despacho, levantó la cabeza, con la altivez propia de su carácter despótico y dirigióle al General, una mirada terrible, amenazadora!

—Aquí tengo—le dijo—una información de personas, que merecen entero crédito, y con la cual estoy convencido de que usted, asociado á Juan Borja, están conspirando contra el Gobierno, es decir, contra el orden público, es decir, preparándose á poner en peligro la vida de personas honorales.....

—Señor; esa información es falsa.....

—Silencio! Aun no he concluído y se atreve usted á interrumpirme! El crimen de revolución lo castigo yo con la pena de muerte.

—Señor; le repito que esa información es falsa. Yo estoy anciano y enfermo. Sólo pienso en ver llegar mis últimos días, en mi hogar, tran-

quilo, rodeado de mi familia y extraño á toda acción política revolucionaria.

—Está usted mintiendo! los negros nunca dicen la verdad.

La palidez del General se hizo más resaltante, y cerró y abrió los ojos, rápidamente, para no hacer visible la lágrima, con que su adolorido corazón intentó humedecerle la mejilla!

—De esta información resulta también, que está usted muy de acuerdo, con sus grandes amigos, los Generales Urvina y Robles.

—Señor; por tercera vez, le repito, que esa información es falsa!

—Y yo le diré y le repetiré, que no voy á hacerlo fusilar á usted, pero sí á hacerle sentir castigo apropiado á su raza.

Tocó una campanilla y se presentó un esbirro.

—Que venga el jefe del batallón *Diez de Agosto*.

El jefe advertido, se presentó sin demora.

—Conduzca usted á ese hombre al cuartel, y téngalo incomunicado y con centinela de vista, hasta nueva orden.

El General bajó con el Coronel, y luego, en el centro de la escolta de los veinte soldados, fué conducido al cuartel y encerrado en un calabozo.

Allí, á solas, prorrumpió en llanto, diciendo, á media voz:

—Ay! Dios! Cómo has permitido que el señor García haya bejado, insultado y ultrajado mi raza, mi ancianidad y mi dignidad personal!

Seis días después de aquella escena, injusta y pérfida, en el patio del cuartel, al son del toque de corneta, recibió el General Fernando Ayarza, en su desnudo cuerpo, doscientos azo-

tes, de orden del Presidente del Gobierno Provisorio, Doctor Gabriel García Moreno!

—Qué horror!

—Qué atrocidad!

—Qué crimen tan execrable!

Eran las voces del pueblo y de una gran parte de la culta sociedad de Quito.

Casi después de un mes de aquel infamante, salvaje, y bárbaro castigo, injustamente aplicado á aquel anciano venerable, veterano de alta graduación militar y prócer de la independencia de la República, y cuando aun no estaban cicatrizadas las heridas de su cuerpo, intentó salir á la calle, con dirección á uno de los templos inmediatos á su casa; pero apenas había dado unos pocos pasos en el portal, cuando varias personas vieronle caer al suelo y se le acercaron, apresuradamente, para levantarlo y ponerlo de pie.

Diligencia inútil!

La enfermedad moral del General Fernando Ayarza, le abrió la puerta de su sepulcro el 23 de Abril de 1860!

De esta manera realizó García Moreno, su tercer juramento de venganza!

El distinguido caballero quiteño, Juan Borja, citado ya en este libro, hallábase en Quito, disfrutando vida tranquila y feliz en el hogar de su familia, entre cuyos seres le acompañaba su respetable, virtuosa y amante madre, cuando su enemigo personal y político, Gabriel García Moreno, se apoderó del mando de la República, permitiéndole ésto pensar á Don Juan que, si había escapado, en años anteriores, de la paliza que intentó darle aquél, ahora, ya, iba á serle fácil,

cumplir el juramento que le había hecho en aquella época:

Y sucedió lo que tan atinadamente había meditado;—transcurridos ya poco más de tres años, pues, una mañana, se le presentó en su casa un amigo, á comunicarle, que sabía, de un modo cierto, la orden dada por García Moreno, para reducirlo á prisión, como cómplice de una conspiración fraguada por el General Maldonado, contra el Gobierno.

Borja le dió las gracias á su amigo, por aquel aviso, que, pensó le daba tiempo de evitar su captura.

Desgraciadamente no fué así; porque, estando aún allí su amigo, la casa fué rodeada por considerable número de soldados y allanada, y Borja, para no ser aprehendido, se arrojó por una ventana al patio, pisando en falso al poner sus pies allí; motivo que le hizo rodar su cuerpo al fondo de una quebrada, no profunda, pero si lo suficiente para lastimarle gravemente una pierna!

Los soldados al verle caer, lo sacaron de la quebrada y lo condujeron al cuartel, para esperar allí nuevas órdenes de Su Excelencia, respecto del prisionero.

Estas nuevas órdenes, no demoraron.

El Presidente dispuso, que Borja, con un par de grillos, incomunicado y con centinela de vista, quedase encerrado en inmundo calabozo de la cárcel pública.

La noticia de la prisión y encarcelamiento de Borja, indignó á toda la sociedad de Quito, sin distinción de clases, porque muchas personas del pueblo, eran estimadoras de sus notables cualidades morales.

Su familia y sus amigos, inútilmente hicieron esfuerzos por conseguir que se les permitiese ver al prisionero: la incomunicación era estricta.

La madre de Borja, era persona, no sólo buena sino santa, en opinión del Alcaide de la cárcel, y por conducto de éste, consiguió, la afligida madre, tener noticias, frecuentes, de la mejoría ó de la gravedad de su hijo enfermo; y fué así, que, informada un día del gravísimo estado del enfermo, con la herida de la pierna agusanada, junto al remache de sus grillos, sin asistencia médica, mal alimentado y durmiendo en el suelo sobre un petate, sin almohada y arropado con una sucia sábana de lienzo, aquella madre se resolvió á dirigirse personalmente á la casa del Presidente, para suplicarle que le permitiese á su hijo los cuidados y atenciones de su familia, siendo grave el estado de su salud.

García Moreno, sin interrumpirla, al terminar su petición, díjole:

—Señora, la han engañado á usted; su hijo está disfrutando envidiable salud; está gordo; contento; y ha rejuvenecido en su digna morada. Puede usted retirarse!

Esta cruel burla, dirigida al corazón apesadumbrado de aquella madre, cabe suponerla propia de tiranos, citados en la historia de Roma con los nombres de Carcalla, Calígula y Nerón!

La madre de Borja, apeló á un último esfuerzo, para conseguir que el tirano le entregase á su amado hijo Juan.

García Moreno se confesaba semanalmente y comulgaba los días jueves por la mañana, en la Iglesia de la Compañía; y la madre de Borja, se puso de acuerdo con el sacerdote que debía darle aquel día la comunión, para no adminis-

trarle aquel sacramento, mientras no le permitiese entregarle á su hijo.

García Moreno, colocado así, este solemne momento, entre *Escila y Caribdis*, le prometió á la madre, que á las siete de la noche, de aquel día, le entregaría á su hijo; y recibió del sacerdote la comunión.

La madre, con el corazón lleno de alegría, salió del templo y le comunicó la noticia á la familia, extendiéndose luego por toda la ciudad.

Arreglada una angarilla, con colchón y toldo para trasladar al enfermo á su casa, y cerca ya de las siete de la noche, se acercó á la cárcel la madre de Borja, acompañada de más de un centenar de personas, parientes y amigos de la familia; pero, como aun faltaban cinco minutos para las siete, el oficial de guardia esperó que sonase la hora, para permitir que entrasen, sólo seis personas, al calabozo de Borja.

Al penetrar en el calabozo, la madre y cinco miembros de familia, la sorpresa fué inevitable, con el espectáculo que se les había preparado!

El cadáver de Juan Borja, con las manos enlazadas sobre el pecho y envuelto en sucia sábana, y en el suelo sobre un petate!

La madre se arrojó, sobre el cadáver, y besando repetidas veces, la pálida y helada frente de su hijo; y derramando copioso llanto, decía:

—Hijo mío!—Hijo de mi alma! Mi Juan! Ay! Dios! Qué crueldad! Qué horror! Ha cumplido su promesa de entregarme á mi hijo; pero me lo entrega muerto!

A la madre fué preciso conducirla á su casa, en silla de brazos, porque se sentía sin fuerzas para caminar.

El cadáver fué llevado á una Iglesia, para

velarlo allí y conducirlo al día siguiente al cementerio.

Antes de colocar el cadáver dentro del ataúd, su cuerpo fué examinado por varias personas y éstas dijeron que, además de la pierna agusanada, tenía en el cuello señales de estrangulación!

De esta manera realizó García Moreno, el primero de sus juramentos de venganza!

El 10 de Enero de 1861, Gabriel García Moreno, fué nombrado Presidente Constitucional de la República del Ecuador; y desde el día dos de Abril que comenzó á ejercer su alto empleo, frecuentes eran los sueños y pesadillas que sostenían su mal humor, arraigado, en su espíritu soberbio é iracundo, el vehemente deseo de acabar con la vida de *aquel hombre* que se había burlado de él en Lima, haciéndole oír estridente carcajada!

Aquel hombre, conocido ya de nuestros lectores, es el General Manuel Tomás Maldonado, quien, en unos de los primeros días del mes de Agosto de 1864, perseguido y tomado por orden de García Moreno, fué conducido á Quito, acusado de conspirador contra el orden público.

La sociedad quiteña, al saber que Maldonado había sido tomado y se hallaba preso en un cuartel, comisionó á varias personas honorables para que hablasen con el Presidente y solicitasen la libertad de Maldonado.

En efecto, los comisionados fueron introducidos al Despacho del Presidente; y oída la solicitud, se puso de pie, y con marcable expresión de cómico afamado, lanzó estrepitosa carcajada, diciéndoles, al terminarla:

—Señores; una carcajada, parecida á la que ustedes acaban de oír, fué la respuesta que me dió en Lima el General Maldonado, cuando acababa yo de ofrecerle alianza política. Esa carcajada, tiene dos sonidos musicales. El uno acababan ustedes de oírlo, y el otro lo oirá en los infiernos el General Maldonado! Pueden ustedes retirarse!

Al día siguiente, 30 de Agosto, murió fusilado el General Manuel Tomás Maldonado!

Dos de los seis soldados, escogidos para la descarga de sus fusiles sobre el pecho del General, eran jóvenes de alta estatura y bien musculados, no representando más de los veintidós años de edad que tenían, pues el uno se llamaba Mateo Alvarado y el otro Anselmo Chalén y eran hijos de Gabucha y Chombita, las dos hijas del tejedor Suárez.

García Moreno, oculto en una casa, inmediata al cadalso, presenció la ejecución de su víctima; y de esta manera, realizó su segundo juramento de venganza!



Opinión de Juan Montalvo.

El 8 de Agosto de 1875, á las ocho de la noche, llegó á Guayaquil el primer posta de Quito, enviado por los Jesuitas al Rector del Colegio Nacional de San Vicente, comunicándole la trágica muerte del Presidente Gabriel García Moreno, verificada el día 6 á la una de la tarde.

El posta oficial, llegó el día nueve, confirmando aquella noticia.

García Moreno salió de su casa, el citado día 6, cerca de la uná de la tarde, con dirección al Palacio, llevando en el bolsillo de pecho de su levita, el *Mensaje* que debía leer en el Congreso, cuando éste acabase de anunciarle, que había sido reelecto Presidente de la República por otro período de cuatro años.

Pero el colombiano Faustino Rayo, envuelto en su capa, ya lo esperaba en el atrio del Palacio, y cuando el Presidente se acercó á la puerta de entrada, Rayo se le puso por delante y lo saludó, mercediendo que aquél le contestase el saludo; y fué éste el momento, que, con la rapidez de su nombre, le acestó dos cortes mortales con el machete *collins* que había tenido oculto debajo de la capa.

Herido de muerte el Presidente, rodó por el suelo, hasta la orilla del atrio; y de una altura de más de tres metros, cayó á la calle. Allí se le acercó otro de los miembros de la conspiración política, fraguada para este resultado, y le descargó en el pecho un tiro de su revólver.

Rayo creyendo que el Presidente aun necesi-

taba un tercer machetazo para morir, bajó las gradas del atrio y se le acercó; pero diez ó doce soldados, de un cuartel inmediato, lo tomaron preso y seguidamente, uno de éstos, sin orden ó con ella, según se dijo, descargó su rifle sobre el pecho de Rayo, dejándolo muerto, instantáneamente!

Este era, pues, el tema de las conversaciones, en toda la República, y vamos, así, nosotros, á conducir al lector, á una casa de Guayaquil, en cuya sala, entre otros muebles había un sofá y á un costado una silla mecedora. El sofá lo ocupaba Felipe Carbó, dueño de la casa, y la silla Marcelino Icaza, antiguos conocidos del lector.

—Crees tú, Marcelino, que García Moreno ha merecido la trágica muerte que ha tenido?

—No cabe dudarlo. Los crímenes cometidos por García Moreno, durante su larga dominación, despótica, omnímoda, autocrática, reclamaban para su muerte el *collins* de Faustino Rayo.

—A ver, tú, que tienes mejor memoria que la mía, cítame, según tus recuerdos, los crímenes del tirano.

—Después de los azotes que le hizo aplicar al General Ayarza, entregó muerto al honorable caballero Juan Borja y fusiló al General Manuel Tomás Maldonado!

Confiscó los bienes del General Guillermo Franco, arruinándolo y de este modo, obligando á vivir en el Callao, en la mayor pobreza, á su familia!

La Instrucción pública, la sometió á la exclusiva dirección de los Jesuitas y de los Hermanos de las Escuelas Cristinanas, con facultades

omnímodas, para corregir las faltas de los alumnos con la pena de azotes!

A cien soldados, vencidos, los hizo quemar dentro de una cabaña, en el pueblo de Mocha! En 1869, hizo fusilar á los capitanes Nieto y Cabrera, después de absueltos por un consejo de guerra!

Después en 1870, hizo fusilar en Cuenca á sus enemigos políticos, señores Manuel J. Aguilar, Vicente Heredia y Cayetano Moreno.

La hecatombe sangrienta de Jambelí, con sus veintiocho prisioneros de guerra fusilados, horroriza! A bordo del *Talca*, fusiló á los Coroneles Marcos y Bohorque; doce en la isla de Puná y catorce en Punta de Piedra!

A su llegada á Guayaquil, al día siguiente de estas ejecuciones, redujo á prisión al abogado argentino Doctor Santiago Viola, ilustrado jurisconsulto, ecuatorianizado, y cuyo crimen no era otro que el de ser admirador del genio político de su amigo el General Urvina, y sin fórmula de juicio lo hizo fusilar!

Todos los años, de la renta del erario público, escasa para la propia acción progresiva del país, disponía de la suma de diez mil pesos (1) que le mandaba á S. S. Pío IX, porque había sido despojado de sus *bienes* y de su *poder*, y quedado pobrecito! Esto dió también lugar para que García Moreno protestase de la entrada de Víctor Manuel á Roma, poniendo así en ridículo al Ecuador, á la faz de todo el orbe! (2)

Existen cartas, cruzadas entre García Moreno y el Ministro francés, Mr. Trinité de fecha 21

(1) Decreto de fecha Octubre 3 de 1871.

(2) Decreto del Gobierno - 1871.

de Diciembre de 1859 solicitando para el Ecuador el protectorado de Francia!

Púsole el *ejecútese* á varios decretos místicos, haciendo retroceder el progreso moral de la nación, á los tiempos de la Inquisición!

Amordazó la prensa, restringiendo la libertad de imprenta. Al joven escritor, [1] fundador y redactor de *El Espejo*, lo desterró á Chile; y á los jóvenes literatos, Miguel Valverde y Federico Proaño, redactores de *La Nueva Era*, los desterró al Oriente, de donde pudieron fugar al Perú.

En vez de permitir libros de Artes y de Ciencias y obras literarias de autores ilustres, llenó la nación de novenas, vidas de santos, estampas místicas, rosarios y escapularios!

Pretendió cambiar el nombre de la nación con el de *República del Corazón de Jesús* y el escudo nacional con una imágen del *Nazareno*, coronado de espinas!

Al empleado público que no se confesaba y comulgaba, frecuentemente, lo destituía, llamándolo hereje!

Protegía al Clero, para que éste, agradecido, lo pusiese al corriente, por medio del confesonario, de la vida privada de las familias, haciendo así de la nación un convento, apropiado á esta acertada opinión de Víctor Hugo: *quien dice convento dice pantano!*

Al ilustre Jerónimo Carrión, lo obligó á dimitir la Presidencia de la República, para colocar en aquel puesto al virtuoso caballero Javier Espinosa, revolucionándose contra éste, al siguiente año, y haciéndose reelegir Presidente en 1869!

(1) El autor de este libro.

Así, pues, al matar Rayo á García Moreno, ha cumplido con un deber, impuesto misteriosamente por la Providencia para el bienestar futuro de la República, á la vez que, haciéndole realizar la cancelación de una cuenta pendiente, personal y política, en la cual, García Moreno es el deudor y Rayo el acreedor.

—A ver, dame detalles de ese asunto, que ignoro completamente.

—Era Faustino Rayo, colombiano y talartero de oficio, y como este oficio no le producía en Guayaquil, lo suficiente para el sustento de su vida, se marchó á Quito. Allí, no sé cómo se las compuso; pero, es lo cierto, que consiguió hacerse amigo de García Moreno, obtener el grado de Capitán de ejército y el honroso empleo de Gobernador de los territorios del Oriente, con residencia en el Napo. En aquella época, seis ú ocho misioneros Jesuítas, residían allí y procedían, como mejor les parecía, esto es, así como autorizados para luchar con el Gobernador, de potencia á potencia.

En esta lucha, como era de esperarse, los Jesuítas tenían que ser los vencedores, quedando esto comprobado, con la destitución del Gobernador, acusado de ladrón de la renta pública y la devolución de seis mil pesos á que lo obligó el Presidente, aceptando la información acusadora de los Jesuítas contra Rayo. De ahí su justo odio personal y su venganza realizada.

—Pues, entonces, amigo mío, se me ocurre, que, los que han matado á García Moreno, son los Jesuítas, de una manera inconsciente; porque, sin la acusación contra Rayo, éste no habría sido jamás enemigo de García Moreno.

No soy de tu parecer; y conociendo, como

conozco, la historia de nuestra patria, te puedo asegurar, que ni los Jesuítas, ni Rayo, han matado al tirano!

—Entonces, quién lo mató?

—Mi pluma lo mató!—dijo Juan Montalvo, presentándose, saludando y tomando asiento.

—Al fin pudiste regresar á tu patria;—díjole Marcelino.

—Ciertamente; con la muerte del tirano, terminó mi destierro y me puse en camino para Guayaquil, y como sigo viaje, sin demora, les pidô órdenes para Ambato.

—Te deseo feliz viaje;—díjole Felipe—pero, antes, dime de qué manera mató tu pluma á García Moreno?

—Porque, yo, con mis escritos, enardecí el espíritu patriótico de varios jóvenes de Quito y les armé el brazo con el *puñal de la salud*, para que fraguasen una vasta conspiración, que diese por resultado la muerte del tirano, tal como se la tenía yo pronosticada! en una de mis obras.

—Cuál fué tu pronóstico?

—Que moriría, dando en el aire una voltereta y apestando á azufre!

—Y se ha realizado tu pronóstico?

—Sí señores; cuando cayó del atrio del Palacio á la calle, dió la voltereta, y los ingredientes contenidos en la cápsula con bala, del revólver de otro de los conspiradores, produjeron la pestilencia del azufre.

—Y cuál es tu opinión, respecto del parecer del escritor que ha llamado á García Moreno, *mártir de la fé* y personaje de gloriosa celebridad?

—Bah! Digo, que aquel parecer es absurdo y necio; y que la celebridad de Gabriel García Moreno, la del Doctor José Gaspar Rodríguez Fran-

cia del Paraguay, la de Juan Manuel Rosas de la Argentina, la del General Mariano Melgarejo de Bolivia, la de Carrera de Guatemala, y la del Doctor Rafael Núñez de Colombia, son *celebridades malditas!*

Expresada así su opinión, se despidió de sus amigos.

Cuatro ó seis minutos después, también Marcelino se despidió de Felipe, y hasta que llegó á su domicilio, mentalmente repitió, varias veces, las dos últimas palabras de Juan Montalvo:

—*¡Celebridades Malditas!*



FIN

¡Celebridades Malditas!



INDICE.

I—Guayaquil á mediados del siglo XIX	1
II—Sombras, obscuridades y tinieblas.	17
III—La revolución del 4 de Abril.....	19
IV—Los tres juramentos.....	28
V—Manuel Ramírez.....	35
VI—Ricardo Mayer.....	47
VII—Cogida la hebra se llega al ovillo...	61
VIII—¡Asesinos!.....	75
IX—El hombre de la capa negra.....	90
X—La fiebre amarilla.....	102
XI—El ahorcado!.....	105
XII—Muerte de Miramelaseña.....	117
XIII—Las tres venganzas.....	126
XIV—Opinión de Juan Montálvo.....	135



OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS.

Parnaso Ecuatoriano.
Diccionario de voces poéticas.
Guía de Guayaquil (Almanaque.)
Fin del siglo. (Almanaque.)
Liras hermanas. (En colaboración con E. G. N.)
Bolívar calumniado (Alegoría en un acto.)
Manual de Efemérides. Lecciones de Historia del
Ecuador.
Estudio sobre el Soneto.

INÉDITAS.

Cronología histórica del Ecuador.
Quijotazo (crítica social, literaria y política.)
Hilos de tinta (colección de artículos.)
Variedades (colección de leyendas.)
Poesías diversas.
Poesías jocosas y satíricas.
Sonetos [más de 300.]
Mil refranes, locuciones y frases, en verso.
Quinientos Cantares.
Dos mil Jeroglíficos comprimidos.
Nomenclador Universal de Mandatarios.
Efemérides Universales, [3 tomos.]
Diccionario de frases y locuciones familiares.
Diccionario de Barbarismos.
Diccionario Ortográfico.
Curiosidades instructivas.
La hija de un libre pensador [juguete cómico.]
Efemérides recreativas.

NOVELAS.

Guayaquil, [fantástica.]
Haz bien, sin mirar á quien, [social.]
El Huérfano, [social.]

